



ATAHUALPA.

TRAGEDIA PREMIADA.

POR LA VILLA DE MADRID.

SU AUTOR DON CHRISTOVAL MARIA CORTÉS.

PERSONAS.

*Atahualpa Emperador del Perú.
Huascar-Inca Emperador del Perú,
destronado por Atahualpa.
Mama-Varcay Muger de Huáscar.
Coya-Cuji-Varcay Hija de Huáscar,
y de Mama-Varcay.*

*Don Francisco Pizarro Capitan Español.
Don Diego Almagro Capitan Español.
Quizquiz Capitan de Atahualpa.
Chalcuchima Capitan de Atahualpa.
Soldados Españoles, y Peruanos.*



La Escena es en un salon del Palacio de Atahualpa en Casamarca.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Huáscar, Quizquiz, Soldados Peruanos.

Huáscar. **T**ienen término ya las crueldades del bastardo traydor y fementido?
¿Es Casamarca centro de la pena, que Huáscar solicita como alivio?
¿Eres tú executor de esta violencia?
Habla: no temas: dime los designios del bárbaro Atahualpa; y no receles que me pueda coger desprevenido el golpe mas violento y aleroso, que nunca teme quien del Sol es hijo.
Quizq. Las ordenes, Señor, que se me han dado.
son las de acompañaros à este sitio en que Atahualpa vive; sus intentos jamás los penetraron sus ministros.
Huáscar. ¿Aquí el Tyrano está? Ya le conozco:
de mas explicacion no necesito, porque un genio feroz y sanguinario, ni el fingimiento sabe desmentirlo.

Quizq. ¿Qué recelais, Señor?
Huáscar. Nada recelo:
conmigo estoy, y basta estar conmigo. Venga la tyrania, y de mis manos arranque el cerro solo de ellas digno, robe à mi frente la encarnada borla del real poder glorioso distintivo: véa el Cuzco abatida su grandeza, ajado el esplendor de tantos siglos, el Imperio del Sol despedazado, arruinado su templo hermoso y rico, profanadas sus aras, y en fin véa los infaustos pronósticos cumplidos.
Quizq. Permitidme, Señor, que à vuestra idea
teñida en tan funesto colorido, ofrezca objetos de menor espanto.
Huáscar. Serán extravagancias del capricho.
Quizq. Vos sois, Señor, el unico heredero que el Sol se atreve à confesar por hijo: Atahualpa conoce este derecho: que no será adorado, aunque es temido: Quien sabe, si el llamaros...
Huáscar. Calla, infame,
y no con adularme en este sitio pienses que se me esconden tus trayciones, compañeras del dolo y artificio.

No. 109667
 1922. 15642

Ya sé que eres hechura del Tyrano,
y que de tu confianza se ha valido,

Quizq. Señor, yo fui mandado: y Atabualpa

nombrado soberano Rey de Quito,
exige de un vasallo la obediencia.

Huasc. Mas no si la obediencia es un delito.

El Cuzco reconoce solo à Huáscar,
qualquiera Rey es feudatario mio,
el supremo poder está ultrajado,
y quien fué contra él ciego ministro,
no escusará su accion obedeciendo,
si obligacion mayor le dá latidos.

Quizq. Señor...

Huasc. Ya basta: calla: no me obligues
à empeñarme en asuntos menos dignos.
Padre, y no Rey, me vieron mis vasallos
imitar los beneficios principios
del gran Manco-Capác, que fué de todos
legislador, modelo, y prototipo.
Desde este hijo del Sol hasta mi padre
doce generaciones han corrido,
sin que en alguna se haya descubierto
la sombra mas pequeña de delito.
El derecho legítimo ha reynado:
y siempre el sucesor ha pretendido,
mas que en altivo fausto y en grandeza,
exceder en virtud y beneficios.
De los doce legítimo heredero
me miro con dolor desposeido
por un bastardo vil, cuyo caracter
es la violencia, el robo, el latrocinio.
Hija de mi bondad mi confianza
pudo sola llevarme al precipicio;
que no recela tramas alevosas,
quien no está acostumbrado à los delitos.
Tres años me vió el Cuzco prisionero
en el mismo real palacio altivo
en donde el claro Sol padre de todos
se ha dignado reynar por tantos siglos.
En él ví con dolor del fiel vasallo,
¿ò que angustia! correr la sangre à rios.
¿Triste del que no pudo por salvarla
con la suya teñir traydores filos!
De destrozo, de horror, de sangre llenas
las piazas, y las calles daban gritos,
que habrá escuchado el Cielo justiciero,
aunque suspende el exemplar castigo.
¿O tú, padre de todos, Sol hermoso,
protector de este Imperio, y padre mio!
¿no miras el destrozo de tu trono?
¿no es el rayo veloz tu fiel ministro?
Baxa à tu mismo solio: vé al tyrano

que con tal crueldad enfurecido
se ceba hasta en tu sangre generosa,
que corre en vergonzoso desperdicio.
Quantos heredan de tu noble aliento,
por la sangre Real que te han debido,
de sus iras tyranas son objeto
que los condena à indigno sacrificio.
Solo yo à tanta pena reservado,
porque pueda sufrir mayor martirio,
si de la muerte el golpe evitar pude,
mil muertes he sufrido en lo que he visto.
Mas ya corozco que mi fin se acerca:
fin de mis penas siempre apetecido,
que al traherme el Tyrano à su presencia
es por cebarse en el atroz delito.
Ea, guiad.

ESCENA II.

Huascar, Quizquiz, Mama-Varcay.

Huasc. ¿Mas, Cielo, es esto sueño?
¿Mama-Varcay! ¿pues cómo? ¿qué
prodigio

te restituye viva? ¿No acabaste
quando el trono del Sol en sangra tinto
fué teatro de horrores, que en su niebla
envolvió mis vasallos, y mis hijos?

Var. ¿Ay Huáscar-Inca amado! mi desdicha
librarme de ese número ha querido,
porque à mayores males me reserva;
pero con el placer de haberte visto
quien muerto te lloró, se olvida todo.
¿Cómo vienes? ¿Qué es esto? ¿Algun
alivio

renace de la ya muerta esperanza?
¿Ha olvidado Atahualpa el odio antiguo?

Quiéreme reconocer su justo dueño,
y despues de pesares infinitos
coronar mi constancia y sufrimiento,
superior à su engaño y artificio?
Mas mi deseo adúlgo; ¿Quan en vano
pretendo lisonjear el gusto mio!
Un corazon, que el crimen endurece,
dificilmente dexa su camino.

Ahora mas que nunca reconozco,
quan sin freno su bárbaro apetito
corre precipitado à los agravios,
sin escuchar el interior aviso.
¿Estando vivo Huáscar, no se escusa
de pretender mi mano?

Huasc. ¿Qué, qué has dicho?
¿es posible? ¿Esa furia, ese Tyrano
se halla capaz de tan atroz delito?
¿Esta pena, este horror me guarda el Cielo

des-

después de los tormentos que he sufrido?
Quitame el Reyno, arranca mi corona,
siega mi cuello con feróz cuchillo,
cáyga muerto à tu mano el fiel vasallo,
oyga yo los lamentos de mis hijos;
pero ver en tus brazos à mi esposa,
ver que mi hermana escucha tus carños...

Varc. Basta, Huáscar: ¿Qué es eso? ¿has olvidado

que fué Huáyna-Capác el padre mio,
y que una misma sangre nos alienta?
conmuevate el horror de aquel delito,
mas trocarle en temor y sobresalto,
es llenar de ignominia el valor mismo.

Huasc. Bien conozco, Varcay...

Varc. Escusa darme
satisfaccion alguna que no pido.

Hijas son del dolor aquellas voces,
y mas que sobresaltos, son gemidos.

Huasc. Bien dices; no es recelo, es rabia,
es ira.

¿Mas cómo de tu vida el debil hilo
puede evitar la cólera irritada?

¿Cómo escapar pudiste del peligro?

¿Qué acaso te condujo à Casamarca?

¿Resta algun infelíz de nuestros hijos?

Varc. ¡Ay Huáscar! que mi pena has re-
novado,

y solo responder sabré en suspiros.
Aquel tremendo dia en que Atahualpa
en la plaza del Cuzco juntar hizo
las ramas generosas y Reales,
qué atrajo con engaño y artificio;
tambien me ví arrastrar con ignominia
àzia el horror del espantoso circo.
Los ministros feroces de Atahualpa
cerraban en tres lineas el camino:
la vida no encontraba senda alguna:
tal vez el llanto apresuró el peligro.
Mis hijos, mis hermanos, mis parien-
tes

cercados de los bárbaros ministros,
esperaban la muerte por instantes,
que oscurecido el Cielo vér no quiso.
Díose la seña: ¡ay Dios! ¡qué horror!
qué asombro!

La crueldad desembaynó el cuchillo,
y la sangre Real tan pura y limpia
brotó en arroyos al cortante filo.
Cae la esposa en brazos de su esposo:
espira el padre sosteniendo al hijo,
y al quererle evitar el fiero golpe,
tal vez el pecho se atraviesa él mismo.

Huasc. ¡O qué funesta ideal! ¡Qué horrorosa
pintura me presenta! El llanto, el grito
de tantos infelices me conmueve:
parece que le tengo en mis oídos.

Varc. Abrazada, ¡ay de mí! de Coya-Cuji,
exalaba mi espíritu en suspiros,
apeteciendo casi el duro instante
por no mirar objetos tan indignos.

Un ministro cruel arranca aleva
mi amada hija del regazo mio:
mi débil fuerza en vano se le opone:
mi llanto en vano conmovierle quiso:
atraviésa (le dije) antes mi pecho:
concede à mi dolor, ò à mi cariño,
el infelíz consuelo de ir delante,
y no ver tan tyrano sacrificio.

Sordo à mis voces, à mi llanto ciego,
despreciando feróz mi débil brio,
me quita de la vista à Coya-Cuji,
quando el dolor me suspendió el sentido.
Lisonja fué del Cielo, con que aparta
el objeto cruel de mi martirio:
¡ojalá que el desmayo fuera eterno!
no sintiera las penas que he sentido.

Huasc. ¡O bárbaro Atahualpa! ¿no te mueve
aquel cándido pecho? ¿aquel divino
semblante, que retrata la innocencia?
matame à mí, completa el sacrificio.

Varc. Despierto à mi dolor: hállome sola,
llamo à mi hija en lamentables gritos,
la confusion envuelve mi lamento,
mezclanse con los otros mis suspiros:
busco la muerte: huyen de mí todos:
insulto la piedad de los ministros:
nada me sirve: el fallo de mi muerte
estaba revocado, ò suspendido.
Vuelvo al palacio: hablame el Tyrano:
mi valor se desdeña hasta de oírlo:
atrevese à mirarme: ¡qué osadía!
exagera el poder de su dominio:
burlo sus amenazas: se enfurece:
insulto su rigor enfurecido:
ofreceme su mano... aquella mano
que juzgo haber cortado el vital hilo
à la preciosa tuya... aquella mano
que à arrancar de mis brazos se ha atre-
vido

à Coya-Cuji mi adorada hija,
para entregarla al golpe del cuchillo.
¿Puede haber mas infame atrevimiento?
solo en imaginarlo me horrorizo.
Apartame del Cuzco: à Casamarca
ignoro con que intento me ha trahido:

afecta darme libertad entera,
mas siempre me rodean sus ministros.
Te encuentre aquí.

Huásc. ¿Siquiera este consuelo
el Cielo concedernos ha querido?
La sangre y el amor unirnos supo;
¡ojalá que una muerte sepa unirnos!

Quizq. Permittedme, Señor...

Huásc. ¿Qué es lo que quieres?

Quiz. Solo acordaros que á Atahualpa sirvo,
y que mientras sus ordenes espero,
llevaros al alcazar es preciso.

Huásc. Bien dices: obedezcase al Tyrano.
Mama-Varcay, el Sol ha permitido,
que reine la violencia: obedezcamos.

ESCENA III.

Mama-Varcay.

Llevame á mí tambien, cruel ministro,
no separes dos vidas que amor une,
mira que no es la muerte igual martirio.
¿Qué es esto, Sol hermoso, Huáscar vive,
quando ya en ese trono cristalino
creí que dominaba las estrellas,
premio feliz á su virtud debido?
¿Le restituye amor para mas pena?
¿ó previniendo el exemplar castigo
quiere que despeñada la violencia,
reine otra vez el merito del digno?
Esta vista, este encuentro me confunden.
¿Qué excusa poderosa, qué motivo
pudo hacer al Tyrano que reserve
la vida, en que contempla mas peligro?
¿Reconocido acaso?... ¡ó! no es posible:
yo conozco su pecho fementido...
mas él viene: su vista huir quisiera
qual la de un ponzoñoso basilisco;
pero amor me detiene. Huáscar vive,
tal vez el ruego, el llanto y el gemido,
ablondarán la crueldad de un monstruo.
Haga mi obligación el sacrificio.

ESCENA IV.

Varcay, Atahualpa.

Varc. Atahualpa.

Atah. Varcay.

Varc. La roja borla

ya tus angustas sienes ha cañido:
si así lo quiso el Cielo, no me quejo,
aunque violaste fuero tan antiguo.
Sea tuyo el Perú, goza su Imperio,
rindase el Cozco á tu poder altivo,
las Provincias que el Sol ha destinado

por legitima herencia de sus hijos
te obedezcan rendidas, y te adoren
como pudo otro tiempo sola Quitos
ayude la fortuna tus sucesos,
goza de su favor, que yo no envidio,
y tus conquistas tengan solamente
en uno y otro mar término fijo;
mas, pues todo lo cedo sin zobobra,
concedeme una vida que te pido.

Atah. Mama-Varcay, la vida, el Reyne,
el trono

siempre estarán pendientes de tu arbitrio.
Atahualpa te adora, y no pretende
reynar en el Perú, si no es contigo;
como este sea el precio, ordena, manda,
tus preceptos serán obedecidos.

Varc. ¿Que esto pueda sufrir? Cesa, Ata-
hualpa:

si eres Rey, ponle freno á ese delirio,
que han de sobresalir los Soberanos,
y nunca son ventajas los delitos.

¿Sabes que Huáscar vive?

Atah. Sé que tengo

en mis manos el mando y poderio
y que debe la vida á mi clemencia;
pero fuera rigor que un beneficio
estorvase mi amor: logre la vida;
mas lógrela cediendo al amor mio.

Varc. Eso sí, manifiesta tu carácter:
sepulta la razon en negro olvido:
desconoce tu sér: dí que eres fiera,
y que de fiera tienes sér y estilo.
¿Qué bárbaro hasta ahora ha caminado
tan descaradamente al precipicio?
las leyes, el honor...

Atah. Quando es violento

sabe amar disculpar qualquier delito.

Varc. Oráculo del odio y la torpeza,
¿quieres volver el horroroso siglo,
en el que la indolencia no escuchaba
siquiera á la verguenza sus avisos?
¿Preciaste de que Inca fué tu padre,
y no piensas en serle parecido?
restablece aquel tiempo miserable,
en que sin ley, sin Dios, sin domicilio,
no conoció el Perú quien le guiase
sino es la sinrazon de su appetite.

Quando solo el acaso daba esposa,
que se perdía en el instante mismo,
el hijo nunca pudo amar al padre,
ni el padre supo conocer al hijo:
entonces fueras digno Soberano
de pueblo tal de tus costumbres digno.

Pero despues que para nuestra dicha nuestro gran padre el Sol enviarnos quiso al gran Manco-Capác , y à Mama-Ollo, prendas de su aficion y su cariño: despues que su daltura , que su trato reduxo al pueblo à domicilio fijo, alumbró la razon , formó familias, les enseñó el adorno , y el cultivo, instruyó la piedad , fabricó templos, les hizo conocer un sér divino, à quien como hacedor del universo adorasen humildes y rendidos; el bárbaro Atahualpa , descendiente del mismo primer padre , de aquel mismo legislador amable y soberano, ¿ quebrantará sus leyes y sus ritos ? ¿ confundirá derechos y familias ? ¿ y hará el Perú otra vez confuso abismo ? ¡ o divino Hacedor !

Atah. No , no prosigas, ni pienses que te escucho convencido, engañada tal vez de mi silencio, que para mí no pesa quanto has dicho. Quando pretendí dar el primer paso para tomar la borla , que ya ciño, me pudo hacer temer la incertidumbre que habia otro poder mayor que el mio; pero ya independiente y soberano, puesto à mis pies el Cuzco , y sus dominios, no es razon que mi gusto se violente; que nada pesa lo que el gusto mio.

Varc. ¿ Qué es esto ? ¿ ya has llegado à tal extremo ?

¿ ni aun el remordimiento , aquel aviso que mortifica al reo à pesar suyo, no puede su eficacia usar contigo ? Despierta à la razon : basta : Atahualpa, reconoce lo feo del delito, tanto mas horroroso , quanto sea mas elevado el puesto en que ha caido. Manco-Capác , legislador severo, puso por pena al robador indigno del honor estimable de sus hijas, una muerte afrentosa : y que sus hijos, su muger , sus criados , sus parientes, (qual si cómplices fueran) sus vecinos, sus ganados , las plantas , todo el pueblo en donde tan mal hombre hubo nacido, pereciese con él violentamente, sin perdonar ni templo , ni edificio. Esta severa ley , aunque tan justa, no ha sido executada en tantos siglos:

el mas impuro reprimió el deseo por horror de la pena , o del delito; solo tú...

Atah. Ya se cansa mi paciencia. ¡ O que mal à Atahualpa has conocido, si juzgas en él facil , que abandone una pasion violenta , un fiel cariño ! Mas voy en solo un rasgo à descubrite mi genio y mi intencion.

Varc. No necesito mas que ver tus acciones.

Atah. Al oirme tendrás conocimiento mas preciso. Coya-Cuji-Varcay... no te alborotes, no ha muerto, no, el imán de tus caricias, en mi poder está. ¿ Qué te suspende ? mi gracia reservartela ha sabido. A restituirla voy à tus alhagos, y à escusar à tu error tantos suspiros, mas será condicion irrevocable, que admitas la Corona que te ciño, que estimes el Imperio que te ofreció, y al lado de Atahualpa...

Varc. ¿ Qué , qué has dicho ?

Atah. Escusa interrumpirme. Ola, Soldados, trahed à Coya-Cuji. Ay te la fio: si la adoras , procura libertaria: tu voz fállola ha de ser ejecutivo: en tus manos está su vida y muerte: consulta con tu enojo , o su cariño.

ESCENA V.

Varcay , Coya-Cuji.

Varc. Ya he consultado : matame , alevoso, atravieseme el pecho tu cuchillo, saca toda la sangre de mis venas; no la reserves para tal martirio.

Cuji. Madre , Señora... ¡ ó Dios ! ¿ es esto sueño ?

¿ tu amor haye de mí ? ¿ pues qué delito me prohibe tus brazos ?

Varc. Mi desdicha.

Déxame huir el ayre que respiro.

Cuji. Lloré tu muerte , imaginé esta pena incapáz de encontrar algun alivio, y quando compasivo el Cielo quiere poner fin à mi llanto ¿ tus desvies han de aumentar mi horror ? yo he de mirarte

escusando mi vista entre gemidos ?

¿ que desusada pena ! Si mi vida, que juzgaba innocente , te ha ofendido, termine en este punto su carrera,

acabe en voluntario sacrificio;
pero no me aborrezcas.

Varc. Hija mía,

¡yo aborrecerte! el Cielo me es testigo
de que sola tu muerte imaginada
es el mayor tormento que he sufrido;
yo te amo, Coya-Cuji, yo te adoro,
tu inocencia merece mis cariños,
y... pero huye de mí. ¡Qué horror! ¡qué
asombro!

yo misma voy a ser fiero ministro
que el dogal asegure a tu garganta,
y al tierno pecho clave infiel cuchillo.
Yo misma, Coya-Cuji, te doy muerte,
tu contrario mayor es mi amor mismo.

Cuji. Si es amor quien me mata, Cuji muera.

Varc. ¡Ah, que no ha de poder amor sufrirlo!

Cuji. Cielo, ¿qué oposición, qué enigma
es este?

¿pero mi padre Huáscar? ¿es delirio?
¿el sol le restituye? ¿es hoy el día
de ver amontonados los prodigios?

ESCENA VI.

Varcay, Cuji, Huascar.

Huasc. ¿Dónde estás, Coya-Cuji? ¿Que
en fin vives?

llega a mis brazos, llega. ¿Mas qué miro?
¿tú llorosa? ¡Varcay tan retirada,
quando ya deponiendo el odio antiguo,
o suspendiendo un rato su fiereza,
Atahualpa llegar me ha permitido
a donde pueda veros!

Cuji. Entre asombros

mármol soy; mas tus brazos, padre mio,
siempre serán el centro de mi afecto.

Varc. Detente, Huáscar, que es nuevo mar-
tirio

el que el Tyrano intenta. No imagines
que por buscar a tu pesar alivio
te permite llegar a Coya-Cuji;
ingenioso el carácter vengativo
quiere que ese favor tu pena aumente.

Huasc. Al menos el placer de haberla visto...

Varc. ¿El placer?... el pesar, el sentimiento,
la desesperación... Cielo divino,
esfuerza mi valor: yo desfallezco:
este objeto enagena mis sentidos.
Tu hija ha de morir: hoy a tu vista
vá a ejecutarse el fiero sacrificio:
la sentencia está dada, y de su muerte
te convida el Tyrano a ser testigo.

Cuji. Madre...

Huasc. Varcay...

Varc. Dexadme, que no puedo
a mí misma sufrirme.

Cuji. ¿Qué delito...

Huasc. ¿Qué impiedad...

Cuji. Pudo haber en mi inocencia?

Huasc. Pudo de tal estrago ser motivo?

Varc. Delito es, impiedad es execrable;
mas es el reo el Juez, y su castigo
manda que lo padezca el inocente.
Conced a Atahualpa monstruo indigno.
Con ley precisa y dura me ha intimado
que resuelva... ¡qué horror! tiemblo al
decirlo...

subir al trono en sus alevés brazos,
o ver morir en el instante mismo
a Coya-Cuji.

Huasc. Infame alternativa.

Cuji. Mi corazón asalta un mortal frío.

Varc. ¿Qué he de elegir? ¿la infamia, o
la violencia?

¿el sacrilegio horrendo, o el cuchillo?
derrama antes mi sangre, infiel Tyrano,
que obligarme a tan bárbaros partidos.

Huasc. ¡Triste Imperio! ahora sí que veo
los infaustos pronósticos cumplidos.
¡Sagrado Viracocha! ya ha llegado
el tiempo que tu ciencia nos predixo.
Huáyna-Capác, mi padre, fué el postrero
de los Emperadores siempre invictos,
hijos del Sol, que el Cuzco ha venerado:
yo preso, miserable, y abatido
número no compongo: en él los doce
acabaron según tu vaticinio.

El bastardo Atahualpa, que hoy impera
por medio de la infamia y artificio,
no es legítimo Rey: es un Tyrano,
un intruso, un infiel, un fementido,
que a la traición mas torpe juntar sabe
el horror de sacrílegos delitos.

No es posible que el Cielo sufrir pueda
tanta abominación; de su castigo
el término se llega. Rompa, rompa
de nuestra triste vida el débil hilo,
acabe la familia mas ilustre
que este sobervio Imperio ha conocido;
mas sepa que el decreto está ya dado
con breve plazo, término preciso
y que no ha de gozar el fruto infame
de su traición, y abominables vicios.

Cuji. Madre, Señor, el daño es sin remedio,
disimulad el llanto y el suspiro:
yo he de morir: el Cielo lo dispone:

justo es obedecer si así lo quiso;
 pero sea consuelo en tanta pena,
 lo que es à la verdad unico alivio.
 El Sol vé mi inocencia : à él dedicada
 en su templo mi vida hubiera sido
 tan pura è innocente , qual conviene.
 à quien debe emplearse en su servicio.
 A el Sol ha satisfecho mi deseo,
 quiere excusarme el cuito , intenta fino
 llevarme en flor à su brillante trono,
 donde reyne por siglos sucesivos:
 muera , pues , y si el Sol así lo manda,
 tengamos todos sentimientos dignos.

Varc. Hija del Sol , tu noble afecto dice
 el claro origen que te dió principio;
 ¡mas ay! que quanto mas mi amor mereces,
 mas tu pérdida tiembla mi cariño.
 Llega à mis brazos , llega... pero Quiz-
 quiz...

ESCENA VII.

Huascar, Varcay, Cují, Quizquiz.

Quizq. Atahualpa , Señor , me ha prevenido
 que à su presencia lleve à Coya-Cují.

Varc. Esto es hecho : deten , cruel ministro,
 la sacrilega mano.

Quizq. Yo , Señora...

Cují. Permitidle , Señora , hacer su oficio;
 el Sol así lo quiere , obedezcamos,
 y en el temible instante , si es preciso,
 el Tyrano conozca , que no saben
 desmentirse jamás del Sol los hijos.

ESCENA VIII.

Varcay, Huascar.

Huas. Bien dices : Quiera el Cielo conce-
 dernos

el no sobrevivir à este martirio.

Adorada Varcay , cesen estremos,
 aunque los hace justos el motivo.

El fin nuestro se llega : ya el Tyrano
 con este fiero golpe nos previno:
 sigamos el impulso que nos guía,
 y acabemos de éstar oscurecidos
 en estado tan triste y miserable:
 nuestro gran padre el Sol , el Sol divino
 nos llama ácia su trono. No escusemos
 obedecerle prontos.

Varc. No resisto:

ya veo que mi muerte está muy cerca,

¡ Oh , llegue ya su plazo apetecido
 que ponga fin à tantos sobresaltos !

pero el Tyrano reyna : este martirio

causa mi dolor solo.

Huasc. De esa pena
 el Cielo justiciero ofrece alivio:
 ya se acerca el instante en que vomite
 el espíritu inmundo : ya el castigo
 prepara la justicia Soberana
 como debida pena à sus delitos.

Huascar , hijo del Sol , lo pronostica:
 el Sol puso en mi boca el vaticinio.

Varc. Cumplase su decreto irresistible,
 y quede un alevoso confundido.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Varcay, Quizquiz.

Varc. Respirémos siquiera , aun vive Cují;
 de Atahualpa los bárbaros intentos
 perdonan por un rato su inocencia.

Quizq. No descubro motivo à tu recelo;
 antes , Señora , espero , que ablandado
 Atahualpa , despues de tanto tiempo
 no quiera repartir aquella escena,
 época lamentable de su Imperio.

Varc. Dexa que me sorprenda tu discurso.

¿ No fué tu mismo brazo el instrumento
 de que se valió entonces la violencia ?

¿ No eres tú la confianza de su pecho ?

¿ No fomentaste su traycion aleve ?

¿ Sigue acaso otra vez que tu consejo ?

¿ pues cómo con semblante compasivo
 aparentas sentir tales estremos ?

¿ Tu corazon acaso se ha mudado ?

Quizq. No siempre el que obedece , gusta
 hacerlo.

Varc. ¡ Qué escuchol mas sigamos esta senda
 que à mi corta esperanza ofrece el Cielo.

La razon poderosa te ha ilustrado,
 no creo que te anime el fingimiento,

y si el partido justo à abrazar llegas,
 no están mis males lejos del remedio.

Capitan poderoso de Atahualpa
 sus tropas te obedecen , por tí han hecho

prodigios de valor , quando guiadas
 de la voz poderosa de tu esfuerzo

rompian esquadrones enemigos,
 del Inca las conquistas estendiendo.

¿ Qué falta à tu valbr , para que sea
 la gloria de los siglos venideros,

sino que siga causa mas honrosa ?

¿ Qué fama tus proezas adquirieron
 quando las mancha un desleal principio ?

El valor generoso , para serlo,

se ha de apartar de toda alevosía, porque es la lealtad su fundamento: sin esta el mayor triunfo es ignominia, y mas que aplauso, logra vituperio: sia esta el generoso es vil vasallo, y solo adquiere nombre de violento. Inclínate à lo justo: restablece el esplendor de este abatido Imperio; y fia de Varcay que tus hazañas no quedarán sin el debido premio.

Quizq. Señora, si esperára...

Varc. En mí confia:

qualquiera gracia, honor, ventaja, empleo, la juzgaré pequeña recompensa para servicio tal.

Quizq. No me resuelvo.

Varc. ¿Pues qué temes? ¿No sabes mi nobleza?

¿Ignoras mi palabra en quanto aprecio?

Pide, propon, yo empeño mi palabra: bien creo que conoces lo que empeño.

La dignidad mas alta será tuya:

tú serás el primero de mis Reynos;

contigo partiré quantas riquezas

todos mis ascendientes adquirieron.

Quizq. Empleos, dignidades ni riquezas, no bastan à moverme, ya las tengo.

Otro premio estimára, y al decirlo

me contiene el temor, me ata el recelo;

pero resuelto estoy. Manda, Señora.

Las tropas valerosas que gobierno sabrán restablaçeros en el trono:

yo pondré à vuestras plantas este Imperio:

Huáscar recobrará la roja borla,

legítimo blason de sus abuelos:

el Cuzco le ha de ver entrar triunfante,

y abatido el traydor que lo ha depuesto.

Mas Coya-Cuji...

Varc. Acaba.

Quizq. Coya-Cuji

ha de ser recompensa de mi esfuerzo.

Varc. Traydor, bárbaro, infiel, ahora conozco

toda tu falsedad y fingimiento.

¿No basta à tu furor la alevosía,

¿quieres arrojarte al sacrilegio?

¿Quándo la saagre pura de los Incas

llegó à tener tan abatido empleo?

¿La legítima acaso se ha mezclado

con la de los vasallos algun tiempo?

¿Coya-Cuji-Varcay, hija de Huáscar,

ofrecida por tal del Sol al templo,

para que entre sus vírgines esposas se dedique à su culto y à su aseo, quebrantando su fé será robada, aun de la santidad del ministerio, para darla à un infame?

Quizq. Yo, Señora...

pero Atahualpa... Amor disimulemos.

ESCENA II.

Varcay, Quizquiz, Atahualpa.

Atah. Impaciente hasta ver si has elegido vengo à saber, Varcay, lo que has resuelto.

¿Quieres reynar, ò muere Coya-Cuji?

¿Eliges el cuchillo, ò el Imperio?

Pero si no me engaño, el sobresalto, el ardor, è inquietud con que te encuentro,

es clarísimo indicio que ha vencido en el combate el maternal afecto.

Reyna, rayna, Varcay, y de tu hija brille feliz el puro candor terso.

Varc. ¿Que brille, quando piensa en empañarle

el mas soez y venenoso aliento!

Sigue, Atahualpa, sigue esa carrera, haz que un delito sea de otro empeño;

que quando se desboca el Soberano,

arrastra al inferior con el exemplo.

Mientras tu crueldad y tu violencia

hallan facil la entrada al adulterio, este vasallo fiel de tal Monarca, (*à Quizq.*) manifiesta sacrílegos deseos...

A la esposa del Sol, à Coya-Cuji se ha atrevido su amor. ¿Qué vilipendio!

¿Pero si abres escuela de delitos no se ha de aprovechar con tal maestro?

¿Y dudas lo que elijo? Quando fuera

dudosa la eleccion en los extremos,

yo misma la matára, por no verla

expuesta al deshonor de un sacrilegio.

Ya ha resuelto Varcay. Mata, aniquila,

no quede rama alguna al tronco regio;

mas teme, que si reynan los delitos,

no es Atahualpa ni inmortal, ni eterno.

ESCENA III.

Atahualpa, Quizquiz.

Atah. ¿Qué escucho! aquí importa el disimulo.

Solos hemos quedado; no me quejo

de que adores amante à Coya-Cuji,

su hermosura merece bien tu afecto.

¿Mas

¿Mas por qué me lo ocultas? ¿Tal vez piensas

que ha de hacer mi amistad contigo menos que el mismo Huáscar si à servirte llegas?

Quizq. Yo, Señor...

Atah. No es decir que este recelo altere mi confianza: bien conozco tu lealtad, y tu amor: sé que tu esfuerzo asegura en mis sienes la Corona, y no sabré olvidar lo que te debo. Quedé, muero mi padre, Rey de Quito, y Huáscar-Inca, poco satisfecho; quiso que le rindiera el omenaje del heredado, aunque pequeño Reyno. Conocí su poder, el disimulo guió mis pasos con seguro acierto, y fingiendo querer obedecerle, propuse castigar aquel soberbio. Tú dirigiste todas mis acciones: tu prudencia guiaba por diversos caminos varias tropas, que dispersas se animaba al Cuzco, con pretexto de celebrar exequias à mi padre con el fausto debido à su honor regio. El artificio adornó al Tyrano; y quando le avisaron sus recelos, ya tu valor, tu ardor, tu diligencia no le dexó lugar à útiles medios. El campo occidental de la gran Cuzco. teatro de catástrofes violentos, me vió por su valor triunfar altivo de un Rey, que me adoró rendido y preso.

Tú me pusiste la encarnada borla, singular distintivo de este Imperio; por tu consejo de la Real estripe cerró el cuchillo los pimpollos tiernos, y, agorada la sangre de los Incas, pude adquirir legitimo derecho. Si à Huáscar reservé, fué porque viera entre dolor y angustia estos objetos, que à su vista, en tres años repetidos, una muerte sin fin sufrir le han hecho. Yo confieso que à tí lo debo todo: à solo tu valor y tu consejo puede deberse un hecho tan glorioso, que será singular y sin exemplo; mas quando reconozco tus servicios, quando deudas tan grandes te confieso, que por ellas quisiera darte en pago una porcion del adquirido Reyno, ¿me recatas tu amor? ¿Piensas acaso hablarme ingrato? Si este pensamiento

supo en tí despertar desconfianzas, bien puedes desecharlas desde luego. Resuelto estoy à darte gusto en todo.

¿Amas à Coya-Cuji?

Quizq. Mi respeto, y no mi amor dirige mis servicios. Si Varcay pudo equivocar afectos; por despertar tal vez desconfianzas, yo sé lo que à una esposa del Sol debe. La brillante deydad que el Perú adora, tiene elegida ya para su templo su temprana hermosura: en él cerrada pasará Coya-Cuji todo el tiempo que el mismo Sol de vida la dispense; sin que el amor mas lince, ó mas despierto se atreva à registrar sus bellos ojos, que solo han de servir al sér supremo.

Atah. Basta, Quizquíz. La justa confianza con que en toda ocasion te manifiesto mi modo de pensar, pudiera darte mayor seguridad, menos recelo, para que no pretendas deslumbrarme. Tú sabes mis ocultos pensamientos, sabes que las pasiones que declaro no suelen ser de mi aficion empeño, sin gradas políticas, que elevan à la consecucion de mis intentos. La ambicion es en mí la dominante, las demás à su vista con lo menos, que tan sin sobresalto sacrífico, quanto sin impresiones las adquiero. Estarás persuadido que idolatro à Varcay, porque miras mis estremas; pues sabe que bien lejos de adorarla, con todos mis sentidos la aborrezco.

Quizq. ¿Señor!

Atah. ¿De qué te admiras? Yo he temido que el Perú, que à mis pies gime sujeto, tal vez pudiera aborrecer el mio, el legitimo Imperio apeteciendo. Con esta mira quise de sus ojos apartar para siempre los objetos que despertasen su pasion violenta à la dominacion de antiguos dueños. A Varcay solamente reservaba para que, compañera de mi Imperio, todas las turbaciones aquisitáse por tener tan legitimo derecho. Este es todo el amor que aparentaba: toda su vehéncia para en esto. Ya enoces ahora mi carácter; hablame confiado, que si puedo pagarte, la mitad de mi Corona

será de tus servicios corto premio.

Quizq. Señor, yo nunca amé.

Atah. Pues no te engañes, guardando tu afición en el silencio, que quizás quando quieras descubrirla habrá faltado ya tu amante objeto. Llama à Varcay, y à Cuji.

Quizq. Voy al punto.

SCENA IV.

Atahualpa.

Poderosa ambicion, reflexionemos. Quizquiz adora à Cuji: yo conozco de Varcay el carácter justo y recto; ella me lo asegura, aunque él lo niega: ¿si habrá acaso elevado el pensamiento hasta querer reynar, y para el lógro busca rama legítima?.. Esto es hecho: dudas de la ambicion son evidencias: solo la sangre aquieta sus recelos. Mueran todos. Político engañado tres vidas perdoné por tanto tiempo, y en cada qual la mia amenazada pudiera en todo instante hallar un riesgo. ¡O locura! ¡o engaño! Huáscar muera, muera Varcay, y Cuji muera luego: hoy ha de ser el dia que al Real tronco he de cortar el último renuevo. ¿Mas Quizquiz, una vez ya declarado, podrá acaso?.. sí... sí... doylo por cierto; muera tambien: no quede à mi peligro • à mi susto embarazo el mas pequeño: todos han de morir. Mas Varcay llega. Atrevida passion, disimulemos: veámos si el alhago y el cariño pueden servir de llave à este secreto.

SCENA V.

Atahualpa, Varcay, Cuji.

Varc. ¿Qué nos quieres? ¿estás determinado? adúla, pues, el ímpetu violento de tu feróz passion. Cayga truncada esta brillante flor. Triunfa sobervio mientras está el Perú tyranizado. No temas que yo estorve el golpe fiero; antes le apeteciera duplicado, por perder de la vista un vil objeto.

Atah. Sosiegate, Varcay. De tu constancia y tu virtud el merecido premio será la libertad, y no la muerte: yo mismo reconozco quanto debe à las heroicas ramas, que destina nuestro gran padre el Sol para su Imperio.

Varc. ¿Qué escucho! ¿es Atahualpa!

Atah. Sí, Atahualpa

quiere borrar el poco fiel concepto. Quando Huáyna-Capác me dexó à Quito, Huáscar mismo prestó el consentimiento; violencia fué querer despues quitarme de Soberano el timbre mas excelso. Violó injusto el concierto mas sagrado, irritóme tan ciego atrevimiento, y el vengativo ardor.. ¿mas qué me canso? difícil es que olvides los sucesos.

En medio de las muertes y violencias, reservando el legítimo heredero, quise mostrar que mi ambicion no aspira à subir para siempre al trono regio. Mas como la venganza, aun siendo justa, siempre suele dexar resentimientos, no te admire que mal asegurado dilate restituírle tanto tiempo.

Los combates de amor han sido pruebas para ver tu carácter siempre recto, y conocer si pueden tus promesas ser fianza segura de un concierto. Ya satisfecho estoy.

Varc. ¿Cielos, qué escucho!

¿soñó jamás el gusto igual portento?

Atah. La paz ha de quedar establecida, con que Varcay admita los convenios.

Varc. Atahualpa, ¿es posible? Ordena; manda

arregla quanto quieras: desde luego los pactos aseguro con mi vida, como en la de mi esposo no haya riesgo. ¡Feliz quien mira el fin de tanta pena!

Atah. Tu alegría me dexa satisfecho: justo será que à Huascar comuniques esta resolucion; mas antes quiero que un favor me concedas.

Varc. ¿Puede alguno dificultarse un punto? Yo concedo quanto Atahualpa quiere: sea el gusto la medida cabal de su deseo,

Ata. Yo agradezco, Varcay, tus expresiones. Quizquiz mi Capitan es à quien debo el llegar à la gloria à que he subido: todo se ha conseguido por su esfuerzo: yo quisiera premiarle: Aunque no logra de ser hijo del Sol el privilegio; nació de ilustre sangre: à Coya-Cuji adora, ya lo sabes: yo no puedo pagarle de otro modo sus servicios, porque qualquiera recompensa es menos. Permite que su mano...

Varc.

Varc. No prosigas,
que ya conozco ahora el fingimiento.
¿ Para esto alentabas mi esperanza ?
¿ odios disimulabas para esto ?
Vuelve, vuelve, Atahualpa, à tu ca-
rácter,

retírale de estado tan violento,
y dexale correr segun su impulso,
que nunca la clemencia fué su centro.

Cuji. Y saba (si el hablar me es permitido)
que si quisiera tu poder sobervio
precisarme à violencia tan injusta,
olvidando que soy del Sol empleo,
yo misma me matára ; pues encubre
suficiente valor en años tiernos
para hacer à mi esposo el sacrificio,
y llegar à su altar con puro aliento.

Atah. El ardor os engaña : medítadlo
mientras yo me retiro.

ESCENA VI.

Varcay, Cuji, Quizquiz.

Varc. Ahora veo
adonde se encamina el artificio ;
pero es un artificio muy grosero.
Todo causa recelos à un Tyrano,
porque está alimentado de recelos :
en sus mismos amigos mira agravios :
teme que harán lo que él hubiera hecho.

Quizq. Señora, si mi error no desmerece,
quando ya arrepentido lo confieso,
que escucheis mis razones ; permitidme
aprovechar el unico momento,
que tal vez hallará mi desengaño.

Varc. ¿ Qué queréis ?

Quizq. Atahualpa falso y fiero
lleno está de sospechas. Yo conozco
el ímpetu furioso de su genio,
que se resuelve pronto y vengativo,
y lleva la venganza hasta el estremo ;
si no se opondrá algun remedio breve,
vuestra vida y la mia corren riesgo.
A serviros estoy determinado,
sin otra recompensa ni otro precio,
que liberrar mi vida amenazada :
unamos nuestras fuerzas y consejo.
Yo mando los Soldados de la guardia,
y de todas las puertas soy el dueño.
Huyamos ácia el Cuzco, y reforzados...

Var. Cesa, porque escucharte mas no quiero.
Ya he visto tu traycion : y quien ha sido
desleal tantas veces y protervo,
dificilmente puede en un instante

desraentir la razon de ese concepto ;
porque es pena del falso, creerle falso
aun la vez que quizás es verdadero.
Mi padre el Sol me guarda, y si resuelve
que le acompañe en ese tronco excelso,
mas estimo la muerte decorosa,
que admitir un auxilio torpe y feo.

ESCENA VII.

Quizquiz.

¿ Qué es esto, Cielos ? ¿ todos me aban-
donan ?

¿ yo he podido variable é indiscreto
atraharme de todos la sospecha ?

¿ Mama-Varcay me mira con desprecio,
Atahualpa recela, y de mi vida,

que tanto le ha servido, está sediento ;

¿ y yo con indolencia estoy tranquilo
entre tantos peligros ? Ea esfuerzo,

coronemos la accion : muera Atahualpa !
lo que él piensa, pensémoslo primero.

¿ Pero qué es lo que digo ? ¿ sus designios
no necesitan mas convencimiento ?

No : porque yo conozco su carácter,
y para un ambicioso los recelos

siempre fueron delito averiguado :

à mas que con Varcay me he descubierto,
¿ y quién duda que diga mis trayciones,

como pudo otra vez decir mi afecto ?
Por todas partes veo mi peligro ;

pues acudamos presto à su remedio.

Pero Atahualpa vuelve : de sus voces
puede ser qué rastree sus intentos :

estemos prevenidos, y entre tanto
el golpe suspendamos.

ESCENA VIII.

Quizquiz, Atahualpa.

Atah. Yo me alegro
de volverte à encontrar, que necesito
de sola tu persona. Dime : ¿ es cierto
que no adoras à Cuji ?

Quizq. Tengo dicho,
Señor, que no fué amor lo que es respeto.

Atah. ¿ Te atreves à servirme contra ella ?

Quizq. ¡ Fuerte lance ! ¿ pues cómo dudais eso ?
No sabeis...

Atah. Ya lo sé, y asegurado
vengo solo à fiar de tí un empeño.

En breve has de partir con Coya-Cuji :
dirás que vas al Cuzco, y que en el toma-
plo

del Sol vá à dedicarse por esposa ;

pero Inago que salgas de este pueblo, harás que muera en la vecina selva, y poniendo à tu vuelta algun pretexto, me traerás su cabeza.

Quizq. Señor... quando...

Atah. ¿Qué es eso? ¿tú te turbas? ¿es respeto solo el que te contiene? ¿tú ocultabas una pasión que manifiesta el miedo?

¿Yo te quiero servir, y tú recelas el descubrirte à mí? ¿Quién de mi pecho ha sido la confianza, así retira ácia la desconfianza sus secretos?

Quizq. Señor.. perdido estoy.. no sé qué diga...

si pude alguna vez.. à tus pies puesto..

Atah. No mas. Ya tu pasión he conocido: signeme. *(al retirarse Atahualpa.)*

Quizq. Vive el Sol, que es desacierto malograr la ocasión, y.. *(toma el dardo.)*

Disparan dentro, y vuelve Atahualpa, con lo que se contiene Quizqiz.

Mas la esfera cae precipitada.

Atah. ¿Mas qué estruendo jamás oído mi valor altera?

¿Si el Sol tan despejado está y sereno, cómo dispara rayos? ¿Quién ha oído jamás en Casamarca el fiero trueno?

¿No respetó al Perú siempre? ¿pues cómo

ha abortado la esfera el fuego horrendo que asusta la región con estallidos?

ESCENA IX.

Atahualpa, Quizquiz, Chalcuchima.

Chal. Señor, aquellos nobles estrangeros, hijos del Sol, pues que disparan rayos, y tienen à su arbitrio los incendios:

los que con novedad jamás oída muestran barbas poblados de cabellos: aquellos Capitanes invencibles, que segun las noticias nos traxeron, arribaron à Púna, y de allí à Túmbez, llenando la región de heroicos hechos, entran en Casamarca.

Atah. ¡O Dios, qué asombro!

Ahora los oráculos funestos

aviva la memoria. ¿Cómo vienen?

¿es indicio de guerra ese violento estrépito que imita tanto al rayo

Chal. De paz, dice, que llegan, y está el pueblo

asombrado al mirarlos. Sobre monstruos de vasta mole, aunque al correr ligeros, entran sentados, dominando altivos à tan sobervios brutos, que sujetos obedecan sus señas, y parece

que es hombre y bruto de una pieza hecho. *Atah.* No sé qué extraordinario sobresalto me trae esta venida.

Quizq. Aquel estruendo me suspendió la acción.

Atah. Id, y guiadles, mezclando aclamaciones y cortejos, hasta mi real palacio.

Chal. A obedecerte

voy al instante.

vase.

Atah. Signele, y suspensos à *Quizq.* queden nuestros intentos por ahora, que llaman la atención cuidados nuevos.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Atahualpa, Pizarro, Quizquiz, Chalcuchima, Soldados Peruanos, Soldados Españoles que traen algunos regalos.

Piz. Inca noble, Monarca respetado, generoso Atahualpa, à quien eleva del Perú à la grandeza soberana el conjunto feliz de heroicas prendas, permitiénd que os anuncie paz y dicha en nombre de mi Rey, que el orbe tiembla.

Atah. Decid quanto querais sin embarazo: Atahualpa os concede su licencia.

Piz. Don Carlos, mi Señor, Quinto en el Austria, y primero del nombre en nuestra Hesperia:

aquel Monarca invicto, que domina en donde nace el sol que arde en la esfera, sin darse casi instante en que no brille en sus Reynos la luz de este Planeta: el que en Europa manda à la Alemania, Aguilas superior de dos cabezas, doma el Leon de España generoso, que tantos Reynos en su Imperio cuenta: rige las dos Sicilias: le obedecen el Báltico, Lombardo, y duro Belga, los que habitan las Islas Baleares, y otros que, por ceñirme, no se cuentan: el que al Africa ardiente tiene à raya,

epo-

oponiendo à su término barreras,
 Mazalquivir, y Orán de Argei tu Reyno,
 à la sobervia Túnez la Goleta,
 al de Fez, ò la antigua Mauritania,
 el fuerte Velez, el Peñon, y Zenta:
 que domina las Islas fortunadas,
 en donde Tenerife el Pico eleva,
 que supo dar principio al meridiano
 por la altura excesiva de su peña:
 aquel, que aun à las partes mas remotas
 que baña el Indio mar, y el Ganges riega,
 estiende sus dominios, y hace al Asia
 que en sus últimos seños le obedezea:
 aquel en fia, Señor, por no cansaros,
 que en la estendida parte, y casi inmensa
 del ignorado mundo, ha conquistado
 tantos Reynos, Provincias tan diversas:
 que manda à la Española, à la Jamayca:
 à la Isla de Cuba, que sujeta
 al estendido México y su lago,
 silla Imperial de singular grandeza,
 y, acabe de una vez, un nuevo mundo
 limite de este Imperio en que el Sol reyna:
 Don Carlos, mi Señor, salud envia.
 Y como su benéfica grandeza
 solo comunicarse solícita
 para dár de su amor seguras señas,
 de tan remotos climas nos dirige
 solo para deciros, que desea
 vuestra amistad, Señor: y que la suya
 os ofrece con gusto, y fé sincéra;
 pues aunque Emperador tan poderoso,
 desestima el poder, sino lo eleva
 à grado superior, prenda mas alta
 de expresiva y real beneficencia,
 imitando à su Dios eterno y uno:
 aquel Dios infinito por esencia,
 el Hacedor de todo; à quien se humillan
 el Cielo, el Sol, la Luna y las Estrellas
 el que al hombre formó: que al Sol dió
 rayos:
 crió la luz que nuestra vida alegra:
 llenó los mares: y à la tierra toda
 le dió figura, peso y consistencia.
 Y en prueba del amor con que os saluda,
 y el seguro cariño que os profesa,
 ese corto presente por mí envia,
 fruto de las provincias que sujeta,
 porque en la variedad y el artificio
 pedais formar de su poder idéa.
 Atah. Valeroso Español, confuso admiro
 de vuestra voz la poderosa fuerza,
 que con dulce violencia me arrebatá,

aunque no llego en todo à conocerla.
 Ceñido de dos mares, sospechaba
 que no habia otro mundo, ni otra tierra
 que el limite forzoso de las aguas,
 que da ambos lados mis dominios cercan;
 mas ya por vuestra voz desengañado,
 admiro el gran poder y la opulencia
 del Monarca feliz, que aqui os envia
 de climas tan remotos, donde reyna:
 sus virtudes me atrahen, y aseguran
 una correspondencia y paz eterna:
 estimo su amistad, y de la mia
 le procuraré dar seguras pruebas,
 ya que no con regalos tan preciosos,
 con el fruto y metal que el Perú engendra.
 En quanto à lo demás que me habeis dicho
 del Hacedor de todo; y de la inmensa
 potestad de ese Dios que formó al hombre,
 y hace que el Sol rendido le obedezca;
 permitid que suspenda contestaros,
 que no son tan recónditas materias
 para alcanzarse à la primera vista,
 ni convencer en la razon primera.
 Descansad entre tanto. Mi palacio
 es vuestra habitacion. Las tropas vuestras
 estarán regaladas y servidas,
 mientras valerse de mi Reyno quieran.
 Quizquiz.

Quizq. Señor.

Atah. Guíad los Españoles.

Piz. Guardeos el Cielo

Atah. Id en hora buena.

ESCENA II.

Atahualpa, Chalcuchima.

Atah. Ya hemos quedado solos, Chalcuchima:
 dexa que del afañ de mis sospechas
 me descargue contigo. Siempre has sido
 digno de mi confianza; espero seas
 mas leal que algun otro.

Chal. En todo lance
 encontrareis rendida mi obediencia.

Atah. ¿Aseguraste à Huáscar?

Chal. Desde el punto
 que mandasteis que nadie verle pueda,
 no ha visto al Sol su padre.

Atah. ¿O qué mal hice
 en suspender su muerte! mis cautelas
 temo ya que no surtan buen efecto:
 el pronóstico infausto me atormenta:
 la vista de estos hombres que han llegado
 de tan remotos climas me dá pena:
 el ayre magestuoso me arrebatá

pero su gallardía me amedrenta.

Chal. Es efecto del traje extraordinario, de las armas que visten, y de aquella tan rara habilidad, con que sus manos truenos y rayos rigen y manejan; mas de paz han llegado.

Atah. ¡Ay Chalchichima!

que la paz que prometían no me quieta. Ese Dios poderoso que ellos siguen ha llenado de espanto mis ideas. Huáscar es el legítimo, el Imperio le toca por derecho: si es que llegan à saber que le he preso, es muy posible que tomen à su cargo la defensa: y entonces.... mi valor me desampara: un mortal frío corre por mis venas: ¿qué he de hacer? ¿Pero no soy Atahualpa? ¿no soy aquel, de quien la diligencia y el valor obligaron la fortuna à que favoreciese sus empresas? ¿No mando en el Perú? ¿no me obedece, y solo de escuchar mi nombre tiembla? pues rompa de una vez: cesen estorvos; muera Huáscar. ¡Mas ay, que aunque mas sea

su muerte necesaria, no es posible lograrse en Casamarca! Una sospecha, un indicio, un rumor causar podría alboroto terrible: la asistencia de tantos estrangeros lo animará, quando viva Varcay no lo conmueva. Otro susto. ¡Varcay! ¡Qué loco he sido en darle libertad! si ahora pudiera... mas no; disimulemos: no es posible lograrse todo junto: el susto atiende à lo que mas conviene. Chaicuchima.

Chalc. Señor.

Atah. Parte al instante, parte à priesa, y mientras en mirar los estrangeros está suspenso el pueblo, tú aprovecha los instantes, y saca de aquí à Huáscar: dirígtele ácia Xauja en diligencia con algunos Soldados de confianza, que ellá te avisaré lo que hacer debas.

Chalc. Voy pronto à obedecerte. *vase.*

Atah. Con espanto.

imágenes terribles me rodean; pero Varcay. Oculte mi semblante, si es posible, el horror que el alma llena.

ESCENA III.

Atahualpa, Varcay.

Varc. Atahualpa, ¿qué es esto?

Atah. ¿Qué, qué tienes?

Varc. ¿Qué novedad irregular es esta? ¿dónde Huáscar está? ¿por qué prohibes à su infeliz esposa su presencia? Paso à verle, y me ocultan su persona: pregunto, y nadie sabe dar respuesta. La crueldad acaso...; ¡ò! no es posible. Sacame de esta duda, ò atraviesa el pecho de Varcay, si el de su esposo sufrió ya el golpe atroz de tu violencia.

Atah. Sosiegate, Varcay: vivo está Huáscar.

Varc. Esa noticia solo me sosiega; mas ¿dónde está? ¿por qué de mí le ocultan?

Atah. La confusion, Varcay, y la sorpresa de ver los estrangeros que han llegado, ha sido la ocasion, bien que ligera, de mandar retirarle; pero siempre dura en mi pensamiento aquella idea de la propuesta paz.

Varc. De mi ignominia dirás mejor, si los conciertos eran con unas condiciones tan infames.

Atah. Admírome de ver que las repruebas, quando Quizquiz ha sido tu confianza.

Varc. ¿Mi confianza? tal le hacen tus sospechas;

pero yo de un traydor jamás me fio; y quando mi confianza mereciera pagára de otro modo sus servicios, no à costa de una infamia como esa.

Atah. Está bien: yo me pongo de tu parte; mas Quizquiz me ha servido con fineza, justo es recompensarle, ya que dudas hacer eso por mí. ¿Qué recompensa te parece, Varcay, proporcionada?

Varc. Como yo en sus acciones no hallo deuda,

por ser todas injustas, no es posible que proporcione premio, sino pena; pero quando le hubiera ¿à un Rey le faltan

empleos, dignidades y riquezas con que poder premiar? ¡Mas qué me canso

si todo es invencion de tu cautela!

¿Te avergüenzas de no premiar à Quizquiz,

y de prender tu Rey no te avergüenzas? Guarden mas consecuencia tus acciones,

Atahualpa, si quieres que te crean:

restituye al legítimo su trono:

y ya que à tantas vidas dar no puedes

el generoso aliento que quitaste,
perdone tu furor à la cabeza.
Entonces sí, entonces creerse puede
que nos habla tu voz con fé sincera,
y que el honor volvió à encontrar su
centro
por el fijo camino de la enmienda;
pero mientras tu falso disimulo...
; Mas Coya-Cuji! ¿ qué violencia nueva
alterada te trahe?

ESCENA IV.

Atahualpa, Varcay, Cuji.

Cuji. ; O, Sol! Mi padre
preso por Chalcuchima... à hablar no
acierta
mi turbacion... yo misma, yo le he visto
custodiado de guardias que le cercan.
Los Soldados.. mi padre.. su semblante,
todo, todo conspira à mi sospecha.
; Ay madre! Huáscar muere.
Varc. ¿ Qué, qué dices?
; Atahualpa, qué es esto? ; Qué fiera
te hace sacrificar la mejor vida
mientras à mí me engañas? ; este era
el pensamiento de paz, aleve,
y la seguridad de tus promesas?
; No te espanta el horror de tal delito?
; executarle puedes con serena
tranquilidad? ; qué horror! matame, in-
fame,
matame antes à mí; mas no entretengas
con frívolas razones mi esperanza,
quando en Huáscar el alma me atraviesas.
Permiteme salir donde la muerte
por medio del cuchillo juntar sepa
dos pechos amorosos, que aborreces,
porque te dan en rostro, porque acuerdan
con su vista trayciones alevosas
al indigno poder que los afrenta.
Permiteme salir...
Atah. No hay que moverte,
sosiegate, Varcay; que si atropella
alguno injustamente mis mandatos,
yo sabré castigarle. Aqui me espera,
mientras pongo remedio.

ESCENA V.

Varcay, Cuji.

Varc. ; Ah falso, aleve!
¿ piensas que no conozco, aunque te au-
sentas,

que fué mandato tuyo? ; ahora finges,
quando tal vez el término aceleras?
; dónde pudo caver tal villania?
; llenarme de esperanzas, que aunque
inciertas,
como las apetece mi desdicha,
hallan alguna entrada en mis ideas,
y prevenir el golpe en el instante
en que no se esperaba! No son nuevas
máquinas tales en tu pecho aleve;
ya me las ha mostrado la experiencia
dias há... ; mas que miro! esposo amado.

ESCENA VI.

*Varcay, Cuji, Huáscar, Chalcuchima
Soldados Perúanos.*

Chalc. ; O que azaroso encuentro!
Huasc. Ya mi pena,
adorada Varcay, no es tan sensible:
el Sol me ha conducido, antes que muera,
que de tí me despida. A Dios, esposa.
A Dios, amada hija: llega, llega
à los brazos de un padre que te adora.
Llega, Varcay, tambien.
Chalc. Señor... *detienelas Chalc.*
Huasc. ¿ Qué intentas?
Chal. Qualquiera detencion en mí es delito:
la orden fué precisa... mi obediencia...
Huasc. En esta detencion poco aventuras;
si bien el sobresalto y la cautela
con que de aqui me sacas, rodeando
salas y galerias, bien demuestra
que te mandaron evitar la vista
que un acaso concede. Si es la fuerza
tan desigual, cedamos. Ya conozco
que esta será quizás la vez postrera
que Huáscar logre veros. Mi partida
anuncia esta desdicha.
Varc. ; Ay Dios! espera,
permite que en la muerte te acompañe
la esposa mas fiel.
Cuji. Logre mi pena,
crueles guardias, que à mí triste padre
me dexéis abrazar.
Chal. De su presencia,
que tanto evitar quise, algun mal temo.
Cuji. Padre...
Varc. Esposo.
Chal. Soldados, detenedlas,
mientras salgo con Huáscar. Señor vamos.
Huasc. Vamos, si mi desdicha así lo ordena,
Caminando.

A Dios, esposa mia, à Dios, mi Cují:
Huáscar os ama siempre: la violencia
de vosotras me aparta: este tormento
es mayor que la muerte. El Cielo quiera
haceros mas felices, y al Tirano
le dé el justo castigo.

Varc. En vano piensas
detenerme, cruel. à Chal.

Chal. Señora...

Varc. Aparta;

• con tu dardo el pecho me atraviesa.

Chal. Algun grave mal temo.

Cují. Padre mio.

Huas. Hija infeliz, ni aun el consuelo queda
à mi dolor de recibir tu llanto.

Varc. ¡Ay, esposo! que barbara sentencia
me prohíbe morir entre tus brazos?

Hua. Vive, Varcay, y el Sol piadoso quiera
reservar quien anime la venganza
de tan cruel agravio.

Chal. El mal se aumenta:
retiraos, Señora, ya no puedo...

Varc. Dexame que me acerque à has que muera
No perdones la vida, que es odiosa,
si à Huáscar sacrificas.

Huas. ¡O Sol! temple
tan acerbos dolores, porque el pecho
ne tiene sufrimiento à tanta pena.

Chal. Detenedlas, Soldados. Señor, vamos:
mirad que mi respeto no halla senda
que no le precipite,

Huas. Ya te sigo;
sola esa indignidad falta à tu ofensa.

ESCENA VII.

Varcay, Cují.

Varc. Matadme antes, alevos.

Cují. ¡Padre mio!...

Varc. O tyrano Atabualpa! ¿monstruo ó fiera!
que intentas? mas qué dudo ya es parente,
conocido tu genio, lo que intenas.
Paz me disimulabas? paz fingias?

¿Qué tengo de dudar? mi muerte es cierta:
ese fingido alhago, disimulo
es la declaracion mas verdadera;

que nunca el vengativo se reprime,
sino para romper con mas violencia.
Cielos, ¿a donde iré? por todas partes

los ministros infames que nos cercan
impiden la salida. Nuestro llanto

es medio ineficáz para una queja:

báxo pretextos falsos se retira,

porque nuestros suspiros le molestan;

ó porque descubiertas sus trayciones
no tiene avilantéz de sostenerlas.

Ya moré muerto à Huáscar, y en el dia
en que mi admiracion vivo le encuentra,
ha de ser solamente para el susto
de sentir repetida su tragedia?

Muramos, Cují: acabe nuestra vida:

salga nuestro dolor de esta miseria:
violentemos la guardia, é irritemos
su barbaro furor en nuestra ofensa.

Muramos à sus manos. Pero ay Cielos!
que nuestra infeliz muerte no remedia
el meditado golpe del Tyrano,

y Huáscar al suplicio corre aprisa.
No sé à donde volverme. En tanta angustia
la muerte es menos mal, y... pero espera:

aquellos estrangeros que han llegado,
àcia aqui se encaminan: su presencia
nuevo valor me infunde: nuestra dicha

vos ha guiado de remotas tierras
tal vez para instrumentos del castigo
que el Tirano merece: no se pierdan
los preciosos instantes.

ESCENA VIII.

Varcay, Cují, Pisarro, Quizquiz.

Pisarro. Vuestro ingenio à Quiz.
está bien demostrado en esta excelsa
fabrica... Mas, Señoras, que disgusto
ofusca en vuestros ojos la belleza?

Varc. Generoso Español, à quien los Cielos
armaron de valor y fortaleza,
para que vengar puedas sus injurias;
asiste à una infeliz que à tus pies llega:
esposa sey de Huáscar, que este Imperio
heredero legitimo confiesa:

El bastardo Atabualpa le ha quitado
Imperio, y libertad: hoy con cautela
à mis ojos le arrancan de palacio

despues que habéis llegado. La prasteza
indica su intencion: vuestra llegada
la victima à sus iras acelera:

tal vez en este instante ya el cuchillo
amenaza de Huáscar la cabeza:
socorredle, Señor, dadme su vida,

y sed heroyco amparo de la nuestra.

Pis. Sorprendido, Señora, al escucharos...
pero porque veais que se intereza
en la vuestra mi vida, con las obras
solo quisiera daros la respuesta.

Antes que otros intentos lo dilaten,
à la seguridad es bien se atienda
de la vida de Huáscar: declaradme

por donde se dirijen : por qué senda los indignos ministros le arribatan, para que yo oponiendo fuerza à fuerza, los castigue, y à Huáscar restituya.

Varc. Obra siempre, Señor, con tal cautela,

y con tanto secreto el disimulo del Tyrano, que solo se sospechan, pero jamás se saben sus intentos: una casualidad hizo que viera arrebatat à Huascar : su destino le ignoro todavia ; mas contempla mi temor que ázia el Cuzco se dirija.

Pizar. La falta de noticia en tanta empresa pudiera malograria ; mas importa acelerar los pasos. ; O Dios ! sean felices.

Varc. Esperad : con vos asiste quien depósito es de las ideas del Tyrano ; haced que las declare à pesar suyo. Quizquiz ¿ à qué esperas ? tú eres la confianza de Atahualpa, de tí se vale su traycion violenta. ¿ A dónde llevó à Huáscar ? ¿ con qué intento de aqui le retiró ? di. manifesta el lugar, la intencion.

Quizquiz. Señora....

Varcay. ¿ Acaba.

Pizarro. ¿ No me obligues, Soldado, à que la fuerza...

Quizquiz. ¿ La fuerza es la que menos me obligará.

Atahualpa me mira con sospechas hace pocos instantes : Varcay sabe el motivo, que basta à entretenerlas. No vivo mas seguro yo que Huáscar: una vez que celos alimenta, mi vida corre riesgo. Este peligro es sobrado motivo à que os dixera, si los supiese, los intentos suyos; pero ahora conozco que me aleja de sí, quando me manda acompañaros, solo porque sus máquinas no entienda.

Pizarro. Señora, en estas dudas malogramos los preciosos instantes: las cautelas muestran la cobardia de Atahualpa; que el valor generoso no receña.

Vuestra causa es la mia: à mí me importa no perder la ocasion : por esta senda abre puerta el valor à mis hazañas: ¿ ó quiera el Cielo que gloriosas sean! Permitted que à Atahualpa me dirija, y de su misma boca el caso sepa.

El camino mas breve es este...

Varcay. Temo...

Pizarro. No temais, porque el Cielo se interesa

en las glorias de España : el valor suyo sabe facilitar qualquiera empresa, y todo Español noble sacrifica con desprecio la vida, quando llega à conzover su espíritu gallardo una accion generosa, qual es esta.

Varcay. Justa causa defiende vuestro brio: El Sol mi padre os guia, y favorezca.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Varcay, Cuzi, Quizquiz.

Quizquiz. Señora, permitid que al extranjero no dexé en circunstancias tan precisas, en que la intrepidez de su ardimiento vá sin duda à exponerle. Mas mi vida creed que de obedecer desengañada à quien de mis servicios desconfía, si hasta ahora se ha empleado en la violencia,

va desde hoy à emplearse en la justicia.

Varcay. Quizquiz, la turbacion de mis ideas no es posible que ahora me permita discernir si tu oferta es verdadera, y si es la lealtad quien sacrifica. Si quieres que te crea, ocasion tienes: del peligro de Huáscar la noticia ya te ha informado del mayor servicio: entonces me hablarás, si así me obligas.

ESCENA II.

Quizquiz. Decis bien sobre solo la prudencia, y de dos males el menor se elija.

El Tyrano receña, y no perdona; Huáscar sabrá admitir à quien se humilla. La bondad es de éste fiel carácter; del otro es la violencia vengativa.

Huyamos, pues, el riesgo, y acudamos à donde la esperanza nos anima, que aunque es necesidad esta mudanza, puede legitimarla la justicia....

¿ mas qué veo! Atahualpa ázia aqui viene.

ESCENA III.

Atahualpa , Quizquiz.

Atahualpa. ¿Qué es esto, Quizquiz? no mandé que sigas

al extranjero? ¿cómo le has dexado?

Quizquiz. Señor, solo dexé su compañía porque desea hablaros, y era justo que antes os previniese.

Atahualpa. ¿Tan precisa es la ocasión, quando ha pocos instantes que de mí se apartó? ¿mas qué fatiga mi atención? Dí que venga. Aquí le espero.

Quizquiz. A obedecerte voy.

ESCENA IV.

Atahualpa. De mi ruina

sin duda se apresuran los instantes:

solo halla confusion mi fantasia.

Aquella predicción de Viracocha,

de que gentes estrañas nunca vistas

vendrían al Perú para ser dueños

del dilatado Imperio de los Incas:

el rayo que vió Quito en el palacio

en que mi mismo padre residia,

y tirado del Sol significaba

que habia de extinguirse su familia:

el pronóstico fiel, el testamento

en que Huáyna-Capác dice, y avisa,

que en él se cumple el término preciso

de los doce Monarcas de su linea:

que despues de su muerte, à poco tiempo,

vendrán al Cuzco de remotos climas

hombres extraordinarios y valientes,

à quienes no es posible se resista;

aquella predicción temo que sea

por mi fatalidad harto cumplida.

Estos hombres barbados me estremecen:

sus rayos disparados me horrorizan:

quisiera despedirlos, y no puedo:

al irlos à mandar, tiemblo sus iras:

mi fuerza para ellos es muy débil:

las armas de que usan son muy finas...

¿Pero yo he de ceder? ¿Yo he de mirar me

sujeto à dueño alguno? ¿Es bien se diga

que, quien destronó à Huáscar tiembla

ahora?

Eso no. Vive el Sol que me ilumina,

que yo he de superar quantos prodigios

con temibles ideas me fatigan;

si la fuerza no puede, haga el engaño lo que aquella no pudo. Mis caricias sabrán adormecerlos esta noche, y quando el sueño à descansar obliga, la furia, la traycion.. ¿Pero qué es esto?

ESCENA V.

Atahualpa , Chalcuchima.

Atahualpa. ¿Qué novedad es esta, Chalcuchima?

Chalcuchima. Señor, Señor...

Atahualpa. ¿Qué es esto? ¿cómo vuelves? no te mandé que à Xauja te dirijas, y que esperes mi orden?

Chalcuchima. Fue forzoso,

Señor, el que volviera à dar noticia de un embarazo nuevo. Al campo apenas con mis pocos Soldados daba vista, quando ví una gran tropa de estrangeros, con los mismos vestidos, con las mismas armas y rayos, brutos y semblantes, que los que à Casamarca en este dia han llegado.

Atahualpa. ¿Qué dices? ¿cómo es eso? ¿à unirse en Casamarca se encaminan? ¿te vieron? ¿saben que llevaste à Huáscar? ¿le han libertado ya? ¿se ha hecho la liga para restablecerle en este Imperio? ¿ò con cuánto tormento el pecho lidia! Acaba, dí.

Chalcuchima. Señor, quando de lejos los divisé, dudando qual sería su intencion, del camino desviado me aparté àzia una selva de su vista; y no sabiendo à qué determinarme, por mas que vuestra orden fue precisa, mandé à mis Cabos custodiar à Huáscar, mientras yo me adelanto à dar noticia, y ver qué resolvéis.

Atahualpa. Que Huáscar muera.

Ya es el lance forzoso; aunque la ira no exigiése tan presto el sacrificio, el mismo interés mio à ello me obliga. Parte, parte al instante, vuelve al campo, y antes que otro embarazo nos lo impida, acabemos con Huáscar, muera al punto: ensaya tu furor en él sus iras, haciéndole sufrir en tiempo breve, lo que con lentitud hacer querria mi rabia si pudiese. Por tres años su muerte prolongada ò suspendida,

lle-

llegue à la execucion ; y si no puede ser por tantos acasos à mi vista, aumente la tragedia rigurosa este ardor de venganza que me anima. Acaben mis zozobras, que no reyna quien con temor de no reynar domina. No perdones instante , parte , parte.

Chalcuchima. Voy , Señor.

Atahualpa. Pero , espera : Chalcuchima,

Chalcuchima. Señor.

Atahualpa. ¿ Sabes si acaso el estrangero sospecha..

Chalcuchima. ¿ Qué , Señor ?

Atahualpa. Que Huáscar viva ?

¿ sabes si está enterado del derecho que tiene à la corona ? ¿ si maquina quitarla de mi frente ? ¿ si es de acuerdo de los nuevos Soldados la venida ?

sabes.. ¡ò , Sol, qué penal todo es sustos: qualquiera leve sombra me horroriza.

Chalcuchima. Yo nada sé, Señor , mas no es posible:

acaban de llegar , la paz confirman sus voces..

Atahualpa. ¿ Paz sus voces ? ; qué locura! temerario será quien de ellas fia.

Parte, parte al instante, mata à Huáscar, alíviamme este peso , que derriba toda mi fortaleza : desahoga

el corazon que con recelos lidia;

pero vuélvete al punto à Casamarca:

mira que mis intentos necesitan

de tu ayada esta noche: tus Soldados

prevenidos estén ; la pena mía

ha de quitar su causa à qualquier precio:

aunque cueste lograrlo muchas vidas.

Chalcuchima. Señor , ¿ pues qué intentais ?

Atahualpa. ¿ Reynar intento:

y por reynar no escusarán mis iras

el empeño mayor. Viven los Cielos,

que si los estrangeros me intimidan,

he de lograr de un golpe.. pero parte.

Chalcuchima. ¿ Mi obediencia os responde.

ESCENA VI.

Atahualpa. ¿ Ya es precisa una resolucion aventurada: el peligro es muy grande, el tiempo insta, el pronóstico infausto me atormenta, en parte su amenaza está cumplida, los estrangeros tienen mi palacio; ¿ qué falta ya sino que yo les sirva?

¿ qué falta ya sino que el Perú pase à su dominacion? ¡ò rabia mía! antes muera à sus manos , que yo vea el término fatal de mi ignominia. Muera Atahualpa , si el merito es fuerza; pero muera reynando : las cenizas de su abresado Imperio le sepulcra: sea el Perú arruinado , tumba y piramides ¿ quién entra ?

ESCENA VII.

Atahualpa , un Soldado Peruano.

Peruano. ¿ Señor , un estrangero de la misma nacion y compania de los que hoy han llegado , intenta hablaros.

Atahualpa. ¿ Este será el que dixo Chalcuchima:

decidle que entre. Para mis intentos

(*vase el Sold.*)

es muy embarazosa su venida:

el mal crece por puntos : el remedio

pide resolucion constante y fija.

Esperemos la noche... mas él entra,

disimule el dolor , el pecho finja.

ESCENA VIII.

Atahualpa, Almagro , Soldados Españoles.

A los primeros versos Pizarro , y

Quixquiz.

Almagro. Un Español , Señor , que à vuestras costas

pudo aportar feliz con la noticia...

Quixquiz. Ved al Inca. (*vase.*)

Pizarro. ¿ Señor , habiendo oido...

pero ¿ qué veo ? El Cielo aqui te guia:

oye , Almagro. Señor , habiendo oido

que la cabeza de la Real familia

es Huáscar Inca , Príncipe supremo,

que la fuerza en cadenas esclaviza,

y que siendo el legítimo , se teme

que acabe presto su innocente vida;

vengo à deciros , que mi Rey le toma

baxo su proteccion : que su justicia

no consentirá agravio semejante:

y que si su amistad la vuestra estima,

restituyais à Huáscar al instante

en su esplendor , y su grandeza antigua.

Hoy dicen que salió de Casamarca:

la brevedad del tiempo me precisa

à hablaros tan resuelto. Yo he de verle libre, y sin riesgo alguno en este dia. Vuestra respuesta espero.

Atabualpa. Esto faltaba. (apart.

Estrangero, sabed que soy el Inca, Emperador supremo, que venera el Perú todo. Si la amistad mia os permite asistir en Casamarca, y manda que los suyos os reciban dentro de su palacio; infamia fuera agraviar la amistad que asi os estima. Gozad de su favor, dexad quiméras, que al supremo poder nunca examina algun mortal sus obras, ni penetra la precisa razon que las motiva.

Pizarro. ¿Hablé, Señor. Ya de mi Rey el nombre,

que empené en la justicia que os pedia, me empena mas: no puedo retirarle.

Dadme, Señor, respuesta mas precisa.

Atabualpa. ¿El Inca del Perú no dá respuesta

quando el atrevimiento y la osadia, de ingratitude grosera acompañados, de este modo se atreven à exigirla. Ya respuesta teneis.

Pizarro. Esa respuesta empena mi valor: la bizarría de un Español se alegra que haya campo en que se ostente el fuogo que le anima. Ahora veo que el Cielo me dirige de un dilatado Imperio à la conquista, y que hace mi brazo el instrumento para desagruar las tyránias. Vamos, Almagro, vamos.

Atabualpa. Deteneos.

Pizarro. ¿Una vez declarada la injusticia, no es posible que un pecho generoso se pueda contener sin combatirla.

Atabualpa. Esperad, ¿qué habeis dicho? ¿el Cielo ha sido el que para el castigo aqui os envia?

Pizarro. ¿Sí, Señor; que de Dios la providencia es la que los acasos determina.

Atabualpa. ¿La providencia.. Dios.. ¿qué nueva idea

llega à formar aqui mi fantasia!

¿O qué correspondencia encuentra el susto

con lo que Viracocha vaticina!

Pizarro. Pero qué me detengo, Almagro, vamos.

Atabualpa. Esperad, ¿dolor! ¿rabia! ¿ira!

que si ese Dios lo manda, de quien dices que al Sol nuestra deydad rinde y humilla; si fue su providencia quien lo ordena, no puede haber mortal que le resista.

Huáscar vive, es verdad, por mi mandato

de Casamarca à Xauja se retira: si os importa, seguidle, en el camino le hallareis: solamente Chalchucuma le acompaña: Id, id y rescatarle; pues ya veo que al Sol guarda su vida, y que por mi pesar salen verdades sucesos de dolor que pronostica.

Cumplase el vaticinio que me asombra, y acabe de sufrir la rabia mia.

ESCENA IX.

Pizarro, Almagro, Quizquiz, Soldados Españoles.

Pizarro. Ya me has oido, Almagro.

Almagro. Empeño es fuerte.

Pizarro. El valor le empezó.

Almagro. Pues él le siga.

Pizarro. Amigo, dices bien: mas ya que el Cielo

tan à punto preciso te encamina para nuestro favor, dexa que el gusto primero con los brazos te reciba.

Almagro. No con menos afecto de los míos recibido serás siempre.

Pizarro. ¿Qué dicha te trajo à esta ocasion?

Almagro. Quando saliste de Panamá para cortar la linea y venir al Perú, tambien mi esfuerzo, aunque à mas largo rumbo, te seguia. Supe que conquistaste à Púna, y Tumbez: que à San Miguel de Piura, Ciudad rica, fundaste: y que allanando los caminos à Casamarca intrépido venias: volvine atrás, y quise acompañarte.

Pizarro. La ocasion, como has visto, es bien precisa:

me alegro... mas primero aseguremos à Huáscar.

Quizquiz. Pues à Xauja se encamina, yo me ofreczo con gusto à dirigiros: ved que en la dilacion tal vez peligrá.

Pizarro. Almagro, mejor es que partas luego con

con los Soldados de quien mas te fias,
en compañía de este Perúano;
que yo con los demás de la milicia
intento rodear este palacio,
y prohibir al Inca la salida
hasta que à Huáscar traygas.

Almagro. Voy al punto.

Pizarro. Seguidle , Perúano.

ESCENA X.

Pizarro. Ea , osadia,
ya estás en el empeño mas sívite,
que el valor de los nobles acredita.
Esta guerra civil puede abrir puerta
à la gloria inmortal de una conquista:
sigamos el camino : No es aeaso
haber venido Almagro en taa precisa
ocasion : con sus tropas reforzadas,
à competente número las mias
ascienden para empeño tan glorioso,
que sus ciegas deydades pronostícan.
Esta supersticion , esta creencia
puede servirme mucho , à que resista
con menos diligencia un pueblo ciego,
sí cree determinada su ruina.
Mis tropas , es verdad , sí las compáro
con las que inundarán estas campiñas,
parecerán muy pocas ; ¿ mas qué importa?
el valor , y no el número domina.
Ya están acostumbradas à victorias:
la Isla de Púna , y Túmbez lo acreditan.
El Español valiente no numéra
con cuidado las tropas enemigas:
sabe vencerlas sin saber contarlas:
porque lo mas difícil mas le ánima,
Aprovechemos la ocasion gloriosa...
pero , Varcay.

ESCENA XI.

Pizarro , Varcay.

Varcay. Señor , ¿ qué es esto ? El Inca
corre todo el palacio sin sosiego ,
un no visto furor le predomina :
llama à sus Capitanes : los previene:
ha hecho abrir la puerta à su armeria:
mil Soldados se arman:—

Pizarro. Sosegaos;
yo haré que su furor de nada sirva.
Desde que víse à hablarle , mis Soldados
están sobre las armas : la orden mia

fue de guardar las puertas , hasta
que yo le manifieste las noticias
del derecho de Huáscar , y responda
à la demanda que el valer le intima.

Ya ha respondido: Huáscar vive : el Cielo
pretende libertarle de sus iras.

Mis Soldados salieron à quitarle
à los suyos , que à Xauja se encaminan.
Yo los espero en breve victoriosos,
despues de haber quitado las indignas
prisiones de las manos de un Monarca:
sosegad , no temais ya por su vida,
ni por la vuestra.

Varcay. Capitan valiente,
dexad , que à tal fineza agradecida,
pida Varcay la gloria del suceso ,
pues sois el defensor de su justicia.

Pizarro. No puedo detenerme : el movi-
miento

que me habeis indicado , me precisa
à volver à mis tropas , para darles
la orden necesaria , mientras sigan
las de mi compañero à vuestro espeso.
No temais entre tanto , protegida
de todos mis Soldados , que el Tyrano
à insultaros se atreva. Vuestra hija
sale à buscaros ya : quedad , Señora,
serena en tan amable compañía.

Varcay. El Sol os guie.

ESCENA XII.

Varcay , Cuji.

Varcay. Cuji.

Cuji. Ay , madre , un susto,
un nuevo sobresalto me fatiga.

Varcay. Si es por ver à Atahualpa tan fa-
rioso

demostrar en acciones vengativas
el odio de su pecho , no receles.

A pesar del enojo que respira,
nos ofrece su amparo el estrangero
contra la crueldad y tyrania.

Quizás se acerca el pavoroso instante
que le tráho la pena merecida:

el Sol vé su trayción ; y aunque algun
tiempo

que profane su trono le permita,
solo suspendo el golpe ; mas sentido
al paso que mas tiempo le retira.

Yo espero sa castigo , y mi venganza,

...no haber venganza en la justicia: los oráculos todos lo prometen, quando una destruccion nos varician; Atahualpa vé el fin de sus violencias, término del furor y la injusticia, horrendos monstruos que su aleve Imperio centro de crueldad caracterizan. Salgamos, Coya-Cuji, del abismo, mientras en el mayor le precipitan su furor y ambicion desenfrenada, que hasta las leyes mas sagradas pisan. Salgamos de este estado miserable, indigno de aquella alta gerarquia en que nos mira el Sol, quando derrama sobre nosotros su aficion benigna. Salgamos del terror y la congoja que nuestro pensamiento martirizan, mientras sufrimos una cruel muerte en ver amenazada nuestra vida. Muera el cruel Tyrano, y viva Huáscar.

Cuji. Toda mi dicha es que Huáscar viva: esto solo apetece mi deseo: esto solo mis ansias pedirian; mas temo...

Varcay. ¿Qué, qué temes? habla, Cuji.

Cuji. Temo que sea eterna mi desdicha.

Varcay. ¿Pues cómo? ¿Qué motivo te amenaza?

Verdad es que Atahualpa mandar quita de nuestra vista á Huáscar, y que á Xauja le lleva apresurado Chalcuchima; pero su libertad tardar no puede. El Español valiente se encamina á libertarle ya: le sigue activo, y no hay oposicion que le resista.

Cuji. Temo que su socorro llegue tarde.

Varcay. ¿Pero qué causa tu temor motiva?

Cielos, ¿será posible? dime: acaba.

Cuji. Ya sabes que el Tyrano á Chalcuchima hizo salir con Huáscar.

Varcay. Sé que manda, que prisionero á Xauja le dirija.

Cuji. Pues antes ya que el Español llegára, que á buscarle salió, y que la noticia diesels de nuestro agravio al que primero llegado habia, estaba Chalcuchima de vuelta en Casamarca, y vuelve solo.

Varcay. ¿Qué dices? y has sabido.... ¿ò pena mia!

Cuji. Nada sé; solo sé que aqui le han visto de vuelta ya: y si á Xauja se encamina, como dice el Tyrano, ¿cómo vuelve en tan pocos instantes á su vista?

¿dónde ha dexado á Huáscar? ¿qué se ha hecho?

¡Ah, cómo temo, madre, que es mentira quanto el Tyrano ha dicho, por dar tiempo á su cruel traycion.

Varcay. No, no prosigas, que no tengo valor para escucharte. ¡Oh máteme la furia de sus iras, como á Huáscar perdona! Sol hermoso, que nuestro Dios y padre te apellidas, no permitas la muerte de mi esposo, haz que antes su esposa el cuello rinda al pedernal cortante: haz que á su aliento prive una cuerda el ayre que respira; pero no, no es posible, Huáscar vive: el Español le ampara, y á su vista no intentará el Tyrano tal violencia: fuera precipitar su muerte misma. Aníme la esperanza el corto plazo: el fin de nuestra pena se avvicina: libre has de ver á Huáscar: Este Imperio será otra vez teatro de su dicha: el Cielo le protege: su inocencia es quien atrajo de remotos climas gente tan valerosa y esforzada, que declarada está por su justicia. Alienta, Cuji, alienta.

Cuji. De tus voces

el espíritu activo vivifica un ánimo oprimido. Pero, madre, razon será que deis esta noticia al bizarro Español.

Varcay. Bien dices, vamos:

la prudencia lo dicta, vamos, hija.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Varcay, Pizarro.

Varcay. Señor, este recelo me congoja: siendo, como es, constante, que ha llegado Chalcuchima; deciros que iba á Xauja, es algun artificio, algun engaño que Atahualpa dispone, por dar tiempo á su bárbaro intento.

Pizarro. Sosegaos,

que vuestro amor agranda los objetos.

Quando yo me acordé determinado á preguntar de Huáscar, fue la ira la que dió la respuesta. Nunca es falso el ímpetu primero de la furia,

ni se puede temer sea contrario
el intento que esconde, y el que expresa;
que une la ira, el corazon y el labio.
Yo le escuche, Señora, y me parece
que no pude engañarme.

Varcay. ¡ Ah! que el Tyrano,
à fuerza de trayciones alevosas,
está con la ficcion domesticado,
y quien supo llegar à esta costumbre,
la sabe executar sin embarazo.

Pizarro. Vos le conocereis: ello es posible;
pero habiendo salido mis Soldados
à seguir el camino diligentes,
ya no puede tardar el desengaño.

¿ Y qué adelantaria con fingirme?
apresurar de su ruina el plazo.
Mi valor generoso no sufriera
tan infame artificio. No, no estamos
hechos los Españoles à la injuria:
es nuestro corazon sincero y franco,
y antes sufriera un Español mil muertes,
que aquietarse à la vista de un agravio.

Pero Atahualpa llega: en su semblante,
en su gesto y su voz, reconozcamos
la verdad, que no es facil ocultarse,
quando está prevenido ya el cuidado.

Varcay. ¿ Atahualpa? su vista me horroriza,
desde que esta sospecha encontró paso
para asaltar el alma. Yo le huyo.

E S C E N A II.

Pizarro, Atahualpa,

Atahualpa. Ha rato que el dolor os vá bus-
cando

armado de una queja. ¿ Cómo es esto?
¿ quando quiero salir de mi palacio
vuestros guardias lo impiden, y es preciso
apelar al furor para lograrlo?

¿ Así paga el agravio al beneficio,
y à la hospitalidad el desacato?
¿ tan mal hallado estais con la templanza,
que le dais esa paga à mi agasajo?
¿ qué intento os arrebató? ¿ qué capricho
à esa temeridad principio ha dado?
respondedme, extranjero.

Pizarro. En viendo à Huáscar
os pienso responder; y mientras tanto
no es facil que abandone una sospecha
can que está prevenido mi cuidado.

Atahualpa. ¿ Qué sospecha? decid,

Pizarro. Quando le enviasteis

à Xauja, el Capitan que à acompañarlo
salió, volvió al instante: su destino
vos solo le sabeis. Luego que Almagro
salió à seguir el rumbo que dixisteis,
los demás Capitanes convocando,
Consejo haceis de guerra; y la armeria
en donde reservabais flechas, y arcos,
hondas, y hachas, se mantuvo abierta,
para que prevenidos los Soldados,
estén prontos al golpe que medita
vuestra desconfianza. ¿ En este caso
me pretendeis hallar desprevenido?
que me veais tan quieto es un milagro:
de toda mi prudencia necesito
solo para templarme el breve rato
que el desengaño tarda. Llegue Huáscar:
vea que la malicia no ha hablado
mi generoso intento: que su vida
está libre y segura. Mas si acaso
algun engaño. ¡ ò Dios! ¿ qué haré al
creerlo,
si no sé reprimirme aun al dudarlo?

Atahualpa. ¿ Qué escucho! ¿ quién os dió ta-
les avisos?

¿ quién para mi dolor os ha informado
del pensamiento mismo que yo encubro,
y aun de mí pretendia recatarlo?
¿ Qué deydad os informa? ¿ El Sol mi
padre

comunica el saber extraordinario
à vuestro entendimiento? ¿ ò dolor mío!
ya veo harto cumplidos los presagios.
Un hombre que penetra el pensamiento,
y à quien del corazon lo mas arcano
no se oculta, es mas que hombre. ¿ Cómo
puedo
huir ya de la cólera del hado?

Pizarro. Ved si tengo motivo, y si es ca-
picho

prevenir de la furia los asaltos:
vuestra misma congoja lo declara:
la misma confusion que habeis mostrado,
me asegura bastante vuestro intento;
pero no quiere el Cielo soberano
que dure la traycion.

Atahualpa. ¡ O valor mío!
¿ ahora me abandonas? ¿ para cuándo
reprimias la furia que ocultabas
en este corazon desesperado?
muera Atahualpa, muera.

Pizarro. ¿ Qué, qué intentas?
detened, Atahualpa, el torpe brazo:
pero Almagro...

Atahualpa. ¡Qué veo! Chalcuchima tan cruelmente preso!

ESCENA III.

Atahualpa, Pizarro, Almagro, Chalcuchima preso, Quizquiz, Soldados Españoles.

Almagro. Aquí, Pizarro, tienes al mas infame delincuente, que puede horrorizar solo en mirarlo.

Pizarro. ¿Qué es esto?, Almagro, amigos? ¿hallaste à Huáscar; ¿cómo vuelves sin él?

Almagro. Como el espanto solo pudo mirar tan gran tragedia, acto del corazon mas inhumano.

Pizarro. ¿Murió Huáscar?

Almagro. Ya ha muerto, y en su muerte, que la rabia y furor executaron, no ha habido atrocidad que no se ensaye: la alevosa traycion, el desacato, la crueldad horrible, la serena impiedad, que es carácter de un Tyrano, el insulto, la risa, aun el deleyte de mirar un martirio prolongado, todò lo ha unido el torpe regicidio. Este bárbaro ha sido, este villano (*a Chalc.*) el fiero executor. Nuestro socorro llegó muy tarde ya.

Pizarro. Cuéntame, Almagro, cómo ha sido: la ira me arrebató.

Alm. Salí à seguir con este Perliado (*à Qui.*) el camino de Xauja; pero apenas me aparté de este pueblo, à pocos pasos escucho un grito agudo y doloroso en un vecino bosque: y sospechando lo que pudo causarle, me dirijo con mas celeridad à remediarlo. Llegué à prisa. ¡O que horror! tiemblo al decirlo:

y ví à Huáscar desnudo à un tronco atado, en quien el mas villano atrevimiento estaba sus furoros ensayando. Cortaron con infamia sus naices, sus orejas, los ojos le sacaron, truncados pies y manos, monstruo informe poco à poco la vida iba acabando; solo la lengua, porque se quejaba, y los cárdenos labios perdonaron, que para su furor el llanto y queja debió de ser sin duda dulce canto.

Acabadme, decía, monstruos fieros, terminad de mi vida el breve plazo: el Sol mi padre os mira, y el castigo será à delito tal proporcionado. Yo fallezco... ¡ò gran Dios! ¿esto permites?

dizo: y la muerte le selló los labios. El horror, el furor para el castigo todos mis sentimientos despertaron; acometo resuelto, en un instante se llena de cadáveres el campo, sin que la huida ni el lamento valga, que no es digno de lástima el villano. Tan solamente al Capitan reservo, que en duros hierros traygo asegurado, porque pague con pena mas infame el horrendo delito.

Pizarro. Al escucharos

me asalta un nuevo horror. ¿Cómo es posible que sea tan cruel el pecho humano?

Atahualpa. ¡Cielos qué escucho! ¿ya falleció Huáscar?

como él no reyne, muera yo à las manos del estrangero aleve.

Pizarro. ¿Qué habeis dicho? (*à Atah.*) ¿qué mas pruebas? Llegad; aseguradlo, Soldados.

Atahualpa. ¡Que esto sufro! ¿tambien llegas para prenderme tú, Quizquiz villano? ¿No basta abandonarme? Pero el Cielo este instrumento reservó à mi brazo para el justo castigo: muere, aleve: ingrato, muere: muere, infiel vasallo....

Va Atahualpa à herir à Quizquiz con la hacha; detienenle los Soldados, y le prenden.

Pizarro. Detened el impulso, que ya el Cielo se cansa de sufriros.

Atahualpa. ¡Ab, tyranos! acabad con la vida de Atahualpa, y no llegue à mirar tal desacato.

Pizarro. Capitan atrevido; ¿qué disculpa puede hallar tu traycion? (*à Chalc.*)

Chalcuchima. Que fuf mandado.

Pizarro. ¿Quién lo mandó?

Chalcuchima. Atahualpa.

Pizarro. ¿Es esto cierto? (*à Atah.*)

Atahualpa. Jamás à un Inca se le hicieron cargos:

no tengo superior: infamia fuera responder Atahualpa.

Pizarro. Ea, llevadlos. (*à los Sold.*)

No necesito mas convencimiento, su mismo Capitan lo ha declarado.

En el cuerpo de guardia centinecias siempre tengan de vista : mientras tanto que con Almagro el dadas determino orden precisa y breve. Tú, Soldado, *(O Quiz.* sigue tambien los nuestros.

E S C E N A IV.

Pizarro , Almagro.

Pizarro. Dime , amigo ,

¿ qué te parece hacer en este caso ?

Almagro. ¿ Eso dudas ? la muerte de Atahualpa ,

que su mismo delito está gritando , quando no la pidiera la justicia , la pide la política . ¿ No es claro , que sin Rey el Perú que lo domine , dexa à nuestro deseo libre el campo à una facil conquista ? ¿ pues qué dudas ? ¿ quíeres dexar pendiente un embarazo con la vida del Rey , por mas que cuides de tenarle muy bien asegurado ?

¿ No ves que es un pretexto ver que vive , para que no se rinda el Perúano ?

¿ No has conocido que es supersticioso ; que al Sol por Dios adora ; y cree engañado que son hijos del Sol todos sus Incas ?

¿ pues cómo , mientras vive en este engaño , quíeres que se sujete , quando sabe que guarda la deydad que ha idolatrado un hijo que le mande ? Nuestra fuerza podrá hacerle temer : nuestros Soldados lograrán mil victorias ; pero siempre respetará en el Inca un Soberano : y quando mas no pueda , por guardarle aquella adoracion que le ha jurado , huirá à las montañas escabrosas , donde será difícil alcanzarlos .

No , no , Pizarro amigo , no hay dudas : este importante golpe es necesario .

Pizarro. Las razones que dices bien las peso ; pero no me resuelvo à executarlas .

Almagro. ¿ Por qué causa , Pizarro ?

Pizarro. Hallo en mí mismo un horror que me sirve de embarazo . Atahualpa , es verdad , es delincuente : siendo solo ilegítimo y bastardo , al legitimo arroja de su trono , y le arrebató el cetro de su mano : usurpa el Reyno : mata al heredero : junta la crueldad , y el desacato : y no hay crimen alguno el mas horrendo

que no haya cometido ; pero , Almagro , Atahualpa es Monarca . Yo le encuentro gozando del carácter Soberano ; y un Rey siempre es un Rey . Este atributo ha sido tan sublime y elevado , que no dexa que nadie se le acerque sino para el respeto . Es un sagrado que el enemigo mismo reverencia , y no le dexa ver que es su contrario . La vida de los Reyes ha corrido siempre à cargo del Cielo . A su resguardo sabe velar sagrada providencia con especial auxilio y fiel cuidado . Atreverse à juzgarlos es delito de tanta gravedad , y de horror tanto , que la causa mas justa es sacrilegio , y el que se determina es un tyrano . La suprema Deydad que dá el Imperio , el quitarle tambien se ha reservado : y si quiere que illustre su Evangelio de este altivo dominio el vasto espacio , ya lo sabrá lograr sin que nosotros con la sangre de un Inca nos rufismos .

No , amigo , no : reservese Atahualpa .

Almagro. Pues si preso le tienes , si ya has dado

el paso mas preciso . . .

Pizarro. Fue forzoso .

Almagro. ¿ Y qué intentas ahora ? ¿ libertarlo ?

Pizarro. Un medio encuentro sin llegar à ese .

Almagro. ¿ Y cuál es ?

Pizarro. El que debe un buen vasallo .

Avisemos à España . El Rey glorioso que nos manda , y nos manda largos años , instruido de todo , dará el orden que juzgue conveniente . Obedezcamos , y no determinemos ; que los Reyes son árbitros supremos : Ilustrados están de superior conocimiento , y los anima espíritu mas alto .

A él solo decidir le corresponde . .

mas la esposa de Huáscar . . suspendamos tan delicado punto .

E S C E N A V.

Pizarro , Almagro , Varcay , Cusi.

Varcay. ¿ O qué contento el corazon ocupa ! ¿ Ya has llegado , valeroso Español ? ¿ Ya de mi esposo rompiste las prisiones ? ¿ Ya à mis orozos le restituíe tu valor altivo ?

¡O venturoso instante! ¡dó feliz plazo!
¿dónde Huáscar está? Señor, permite,
permite que la fé de un amor casto
se apresure à lograr su dulce vista.
¿Tan presto le encontraste? ¿hizo el Tyrano
alguna resistencia? está Atahualpa
instruido que ha vuelto? vamos, vamos,
amada hija, vamos à tu padre:
logre nuestra ventura que guiarnos
quiera vuestra bondad.

Cuji. ¡Ay padre mio,
quién pudiera lograr tan dulces lazos!

Varcay. Bien sé que agradeceros es la deuda
que primero me obliga: no ha olvidado
mi alegría este empeño; pero el gozo
ocupa el corazon tan sin reparo,
que no dexa lugar à otros afectos,
desde el momento ¡d Español gallardo!
que aquí os miro de vuelta. ¿Cómo ha sido?
¿dónde, dónde llegasteis à encontrarlo?
referidme el suceso brevemente.

Almagro. ¡Fuerte empeño! Señora, apre-
surado

corrí tras del traydor que le llevaba,
y ya está preso, pero...

Varcay. No, soltarlo
es preciso: mi gozo no permite
que Chalcochima sufra: él fue mandado.
¿Y Huáscar? ¡qué contento ocuparía
su noble corazon, quando à librarlo
vis al Español llegar! prosigue, dime,
dime, Español, el venturoso caso.

Almagro. Quando llegué, Señora, aunque
mis ansias
à mi celeridad alas prestaron,
ya apartados à un bosque.. Yo, Señora,
bien quisiera decir...

Pizarro. Espera, Almagro,
que yo diga, si puedo. Permitidme,
Señora.. ¿mas qué es esto? ¿quién ha
entrado?

ESCENA VI.

*Pizarro, Almagro, Varcay, Cuji, Solda-
dos Españoles.*

Soldado. Señor, acudid luego, que en la
tropa
se nota un movimiento extraordinario.
El Perú se alborota, y todo es muertes.
El principio no sé; mas los Soldados
Españoles corriendo al alboroto

matan mil infelices Perúanos.

Pizarro. Vamos, Almagro, acude con tu
gente,

que yo me acercaré por otro lado
à saber el motivo; por si es fuerza
ò bien darles favor, ò sosegarlos.

Almagro. Pizarro, ya te sigo.

ESCENA VII.

Varcay, Cuji.

Varcay. ¡O Sol! ¿qué es esto?
¡nuevos tormentos, nuevos embarazos!
¿Dónde iré? ¿Qué he de hacer?

Cuji. ¡Ay madre mia!
¿qué pueda ser tan nuevo sobresalto?
No sé qué teme el alma: ¿otra desdicha,
otro rigor acaso preparado
nos tiene nuestra suerte? no es posible:
ya mi valor no alcanza. Madre, huyamos.

Varcay. ¿Huir? ¿y à dónde irás?

Cuji. Vamos al templo
de nuestro padre el Sol: sea resguardo
su sagrado lugar de nuestras vidas.

Varcay. No puede ser, que están todos los
pasos

llenos de confusion, de armas, y gente,
y en mayores peligros tropezamos.
¡O qué ideas tan varias me combaten!
¿qué será este alboroto? si el Tyrano,
habiendo visto à Huáscar, le ha movido,
para ver si el impulso temerario
logra en la confusion darle la muerte
que el Español le impide? no hallo paso
que no sea un escollo.

Cuji. ¡Ay madre mia,
qué idea tan funesta! No logramos
anuncio de esperanza lisonjera,
que no acompañe nuevo sobresalto.
Apenas hemos visto el estrangero
volver feliz en tan pequeño espacio,
y dar sin duda à mi adorado padre
la libertad que le quitó el Tyrano,
quando, aun sin verle, sin lograr el gusto
de complacernos, de que ya sus manos
al favor de un auxilio generoso
llegaron à romper indignos lazos;
nos presenta este susto, este alboroto,
nuevas ideas de mayor cuidado.

Mas un Soldado llega: ¿zia aqui viene.
Varcay. ¿Qué podrá ser? ¿ya asaltan el
palacio?

¿ya ni huir es posible? ¡ò dura suerte!

ESCENA X.

ESCENA VIII.

Varcay, Cují, un Soldado Peruano.

Soldado. ¡Qué confusion! ¡qué horror! ¡quién à mirarlo se atreverá sereno! Huid, Señoras. Ya el Imperio del Cuzco se ha acabado; ya no tiene el Perú quien le domine; entre la confusion... ¡ò Sol, qué espanto! de un alboroto que al principio tuvo motivo bien pequeño, hechos pedazos he visto los mas nobles Capitanes. Ya ha muerto Chalcuchima: atravesado queda Quizquiz de mil agudas flechas: y por fin de esta pena voló un dardo, voló un dardo cruel, mal dirigido infelizmente por robusta mano, y al Inca pasó el pecho.

Varcay. ¡O, Sol! ¿qué dices?

Soldado. Yo le he visto en su sangre revolcado dar el último aliento.

Varcay. ¿A quién has visto?

Cují. ¿A quién dixiste?

Soldado. Al Inca, al Soberano, al dueño del Perú.

Varcay. ¡Cielos, qué escucho! fiel vaticinio fue mi sobresalto.

¿Tú le conoces? ¿tú le has visto? cómo...

Soldado. Yo le he visto: no lejos de su lado me cogió el duro lance: yo à Atahualpa conozco bien: no puede haber engaño: la roja borla que adornó su frente no dexaba motivo de dudarlo.

Varcay. ¿Cómo? ¿Quién? Atahualpa...

Soldado. Sí, Atahualpa; pero la confusion se vá acercando: el huir es forzoso.

Varcay, Cují, Pizarro, Soldados Españoles.

Pizarro. ¡Infeliz suerte!

lástima me causó; mas remediarlo no fue posible ya.

Varcay. ¿Murió Atahualpa?

Pizarro. Sí, Señora, murió.

Cují. Ya respiramos.

Varcay. Mi noble corazon se compadece de su suerte infeliz, que en este caso solo se me presenta su desdicha, porque ya se olvidaron mis agravios; mas pues ya sucedió, pues quiso el Cielo dar para mi ventura el postrer paso, castigando tan justo, à quien yo hubiera, si me viese en el trono, perdonado; generoso Español, à quien le debo la vida de un esposo que idolatro, vamos à darle tan alegre nueva, porque fuera agraviarle el dilatarlo. Vamos, Señor.

Pizarro. Señora...

Varcay. De este Imperio

será dueño otra vez; y si en su mano está el premiar; qué premio podrá darle à quien lo debe todo? Asegurado podeis estar, que partirá no solo sus bienes, sus riquezas; sino el mando, poder y autoridad, con quien ha sido su amparo generoso. Señor, vamos. Vamos; no dilatemos este gusto à mi adorado esposo.

Pizarro. ¡Duro caso!

Señora.. hablar no puedo.. yo quisiera decirlo que la suerte...

Varcay. ¿Qué embarazo halla vuestra expresion? decid, ¿qué es esto?

ESCENA IX.

Varcay, Cují.

Varcay. ¿Lo has oido?

¡qué confuso tropel de afectos varios! ¿si será esto verdad? si nuestra dicha... Vamos, amada hija, vamos, vamos.. mas el Español vuelve.

ESCENA ULTIMA.

Varcay, Cují, Pizarro, Almagro, Soldados Españoles.

Almagro. Ya queda el alboroto sosegado.

Ya el marador de Huáscar.. mas, Señora..

Varcay. ¡O, Sol, qué escucho! ¡Qué funesto rayo

me dispara esa voz! ¿mi esposo ha muerto?

Cují. ¡Ay de mí ya murió mi padre amado!

AL-

Almagro. Señora, nuestro auxilio llegó tarde:
la providencia retardó mis pasos,
y la malicia apresuró el impulso:
no puede prevenir el juicio humano
los decretos Divinos.

Varcay. ¡ O lisonja
de una esperanza falsa! ¿por qué has dado
señas de algun contento, para hacerme
el golpe mas terrible? ¡ ó dulce hermano!
¡ ó amado esposo mio!

Cuji. ¡ O padre mio!
perdí todo mi bien, mi amor, mi amparo.

Varcay. Astros que iluminais la azul esfera,
¿ cómo fuisteis testigos del estrago
de un innocente pecho? Horribles fieras
que ensangrantasteis las cobardes manos
en aquel infeliz, llegad, matadme:
saciad en mí la furia: aun ha quedado
objeto à vuestras iras: yo reservo
su corazon: hacedle mil pedazos.

¡ Ay Huáscar! tú acabaste, y Varcay
vive?

¿ cómo es posible? ¿ cómo?

Cuji. Padre amado,
¿ à dónde iré sin tí? ¿ quién será ahora
amparo mio?

Pizarro. Moderad el llanto,
aunque la causa es justa. Aquel que rige
el mundo con imperio soberano
lo ha permitido: venerar es fuerza
su divino decreto: mientras tanto
contad con mi persona. El Rey mi dueño,
à quien ilustra espíritu tan alto,
desea que yo os sirva, y que os mantenga
son el mismo decoro, y noble estado

en que nacisteis.

Varcay. Ya nada apetezco:
sin Huáscar toda gloria es triunfo vano.
¡ O dulce esposo mio! No es posible
que sobreviva à tan villano agravio.
¡ El Inca mas amable, el Rey mas justo
de quantos este Imperio han dominado,
y el unico que muere alevosamente
con muerte desastrada! El Soberano,
el dueño del Perú en su mismo Imperio
impune y atrocamente asesinado,
sin hallar un vasallo que le asista,
es la irrision, la mofa y el escarnio
de sus vasallos mismos! ¡ no halla alguno
à quien pedir socorro en dolor tanto!
¡ Su esposa triste, su infelice hija,
no tienen otras armas que su llanto
para impedir su muerte! ¡ ó dolor sumo!
¿ cómo será posible tolerarlo?
El aliento me falta: yo fallezco:
el corazon con desiguales saltos
busca puerta en el pecho.

Cuji. ¡ Ay madre mia,
mi unico consuelo!

Varcay. Cuji, vamos,
vamos del Sol al templo, muera al menos
donde vea de Huáscar un retrato.

Pizarro. A lástima conmueve. Almagro,
amigo,
vamos à socorrerla; y entre tanto,
pues la fortuna brinda, el valor siga
su noble impulso. Al Cuzco dirijamos
nuestra mira, que espero sea España
señora de este Imperio dilatado.

FIN.

CON LICENCIA.



Barcelona: En la Oficina de Pablo Nadal, Calle del Torrente
de Junqueras, Año de 1799.